
3 1761 06981890 4

MARTÍN ALDAO

ESCENAS Y PERFILES

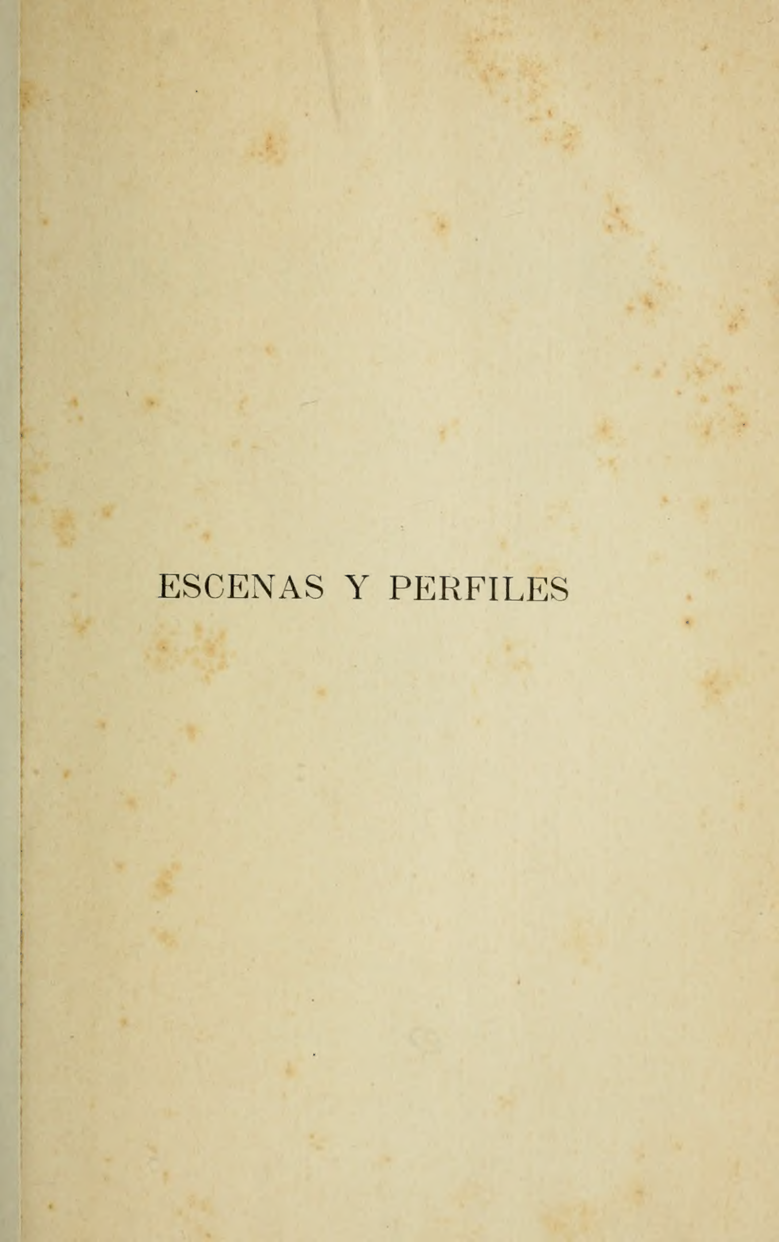
NUEVA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA



BUENOS AIRES

CASA EDITORA
ARNOLDO MOEN Y HNO.
FLORIDA 323

1913



ESCENAS Y PERFILES

MARTÍN ALDAO

ESCENAS Y PERFILES

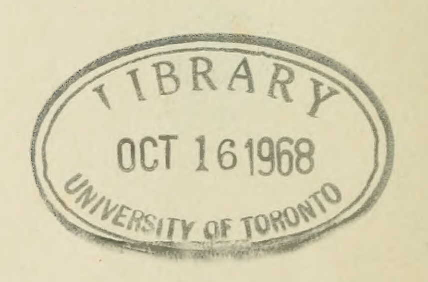
NUEVA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA



BUENOS AIRES

CASA EDITORA
ARNOLDO MOEN Y HNO.
FLORIDA 323

1913


LIBRARY
OCT 16 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

INDECISIÓN

Después de la comida, ambos amigos se despidieron en la puerta del Café de París.

—¿Y, decididamente, no vas al casamiento?

—¡No!

El que había hecho la pregunta partió en coche; el otro enderezó por Cangallo hacia Florida. Caminaba despacio, con las manos en los bolsillos y un cigarro en la boca. Se detuvo en la esquina, y, bajo la luz del foco eléctrico, su varonil figura se dibujó netamente. Alto, elegante, de aspecto a la vez indolente y vigoroso, podía tomársele desde lejos por dandy profesional; pero, en su rostro de finos y marcados rasgos, ojos obscuros y mirada inteligente—amalgama de energía y de tristeza—

se reflejaban las luchas de su alma y las movibles luces y sombras de su pensamiento.

Julián del Sarte miró rápidamente a ambos lados de la calle Florida, reanimada por la concurrencia habitual en las noches benignas del otoño: pacíficos y satisfechos transeuntes en plena beatitud de digestión; grupos de alegres noctámbulos; precoces y excitados adolescentes, que comentan las andanzas del día y trazan su programa de la noche; provincianos recién llegados, absortos ante las luminosas vidrieras, y, por último, una que otra joven peripatética, de cadencioso andar y provocativa mirada.

¿Seguiría por Florida? No llevaba rumbo, pero, sintiéndose triste, deseaba huir del bullicio. Temía encontrar al «Importuno»—entidad ubicua—y, además, rozarse con aquella multitud heterogénea, él que detestaba las aglomeraciones. Continuó por Cangallo. No podía desechar de su espíritu el casamiento de aquella noche. Hacía más de un mes que era el tema predilecto de los corrillos sociales, «todo un acontecimiento», como lo calificaba la prensa. Y aquella ostentación vulgar, de ordinario in-

diferente para él, le preocupaba a la sazón, y, removiendo sentimientos muy íntimos, amargaba sus horas, le producía un estado de ánimo deprimente, tedioso, gris...

Subió a un coche:

—¡A Palermo!

Repantigado en los cojines, con el sombrero hacia los ojos, iba abstraído, cual si el rodar monótono del vehículo estimulara su pensamiento.

¿Era la influencia de las circunstancias? Acudían a su mente, y procuraba retenerlas, imágenes de la infancia, ya desoladas, ya risueñas. Representábasele su hogar, opulento y feliz, fiel reflejo de la consideración y del cariño que infundía su padre, a quien creía estar viendo con la gran barba canosa, el mirar enérgico y brillante, la amplia y serena frente y la distinción de toda su persona. Orador político de alto vuelo, de vibrante elocuencia, tenía alma de artista griego, extraviada en el medio bonaerense. Su casa era un museo, enriquecido continuamente con muebles raros, gobelinos, bronces y mármoles. Julián hubiera querido tener por maestro a aquel hombre incom-

parable, fallecido cuando él entraba en los quince años. Su recuerdo le servía de oculto santuario. Creía que el país había perdido en él su figura más hermosa, y el olvido público de aquella tumba, injusto y cruel a sus ojos, era uno de sus pesares.

En aquel templo tenía también un ara su madre, mujer bondadosa, prudente, fina, uno de esos seres que se esfuman, un corazón henchido de ternura y delicadeza. De salud precaria, desde el nacimiento de su hijo, había llevado una existencia doliente y casi escondida en medio de los triunfos de su esposo, difundiendo, en aquel hogar de cariño y de arte, la esencia exquisita de su alma. Recordábala Julián con honda melancolía. Murió poco después de su marido, como arrastrada por la omnipotencia de aquella voluntad.

Julián y su hermana, adorable criatura, dos años menor que él, y el solo vínculo encantador de su existencia, quedaron bajo la tutela de un tío solterón que, con apariencias paternales, se desentendió de la tarea encerrando al niño en un colegió inglés, y a la niña, en el *Sacré-Cœur*.

Comprendía Julián a la sazón que la amargura de tales comienzos desarrolló la complejidad de su carácter. La timidez nativa, favorecida de tal modo, determinó en él una reconcentración tenaz, el hábito de la reflexión tranquila y solitaria, la reserva cuidadosa en esa edad de expansiones inconscientes. Consagrado al estudio, a una labor asidua, desplegando verdaderas cualidades, conquistó en el colegio el primer puesto, y, naturalmente, suscitó envidias que, contenidas por la sencillez de sus maneras, por instintivo disimulo de su superioridad y ambiciones, no tardaron en ceder a su ascendiente amable. Adquirió «el prestigio de las aulas», que consolidó en la Facultad de Derecho. Luego... la vida, el ascender de la savia generosa. Casi adolescente, con el camino libre, gracias al apellido y a la fortuna, se lanzó febril a la vida mundana.

Recordaba fielmente, cual si se hubiera celebrado la víspera, el baile donde conoció a la mujer que, acaso en aquella misma hora, bajo el velo blanco y los azahares, confiaba a otro su destino. Evocó las emociones de aquella noche, — página de su historia que

hubiera querido eliminar, — la nerviosidad, la profunda turbación de su alma. Enajenado, volvió a ver la imagen de la niña, tal como era entonces. Había emanación misteriosa de gracia y de vida en aquel rostro de tez morena; en los ojos negros, enigmáticos, cautivadores; en las líneas armoniosas de su cuerpo, y hasta en la voz, ligeramente ronca y, sin embargo, dulce. Departieron un buen rato. ¿Sobre qué? Sobre trivialidades, avaloradas por el mirar y la sonrisa, convencionales tal vez, mas no por eso menos sugestivos y acariciadores. Recostado después en su gabinete de estudio, le tuvo insomne aquella visión deleitable.—¡Qué sutil ironía debió de plegar los labios del abstraído jóven, inmóvil en el coche que descendía ya la ligera pendiente de la Recoleta, camino de Palermo!...

Empezó a cortejarla, franca y lealmente, con el candoroso arranque de un novicio que se las echa de observador y psicólogo. Ella correspondía a sus ardientes miradas con otras furtivas y alentadoras. Al menos, él las interpretaba así, olvidando que la mujer que mira, no siempre acepta. En la primera ocasión, se le

declaró de improviso. La niña, muy poco menor que él, con dos o tres años de frecuentación social, no le consideró sino como el cortejante que hace número y realza, el enamorado adolescente cuya pasión es divertido alimentar. Era, como ella misma decía, «demasiado chico»; y, satisfecho el amor propio, le relegó. Después... la vanidosa confidencia a las amigas, el rumor circulante, la burlona sonrisa. Las frases del joven corrieron modificadas, satirizadas: malignidad de los círculos más que intención aviesa de la hechicera criatura.

Estaba Julián en la edad en que tales impresiones dejan huellas profundas, y señalan a menudo rumbos definitivos a existencias vacilantes. Mortificado, renunció a su amoroso intento, y se entregó a los estudios de derecho, y a lecturas filosóficas y literarias. Impregnóse en Schopenhauer, en Niestzche, en Renan, etcétera. Fué esto para él un mundo nuevo, que le procuraba exquisitas y extrañas sensaciones. Embargóle la inevitable crisis, la visión fría y disolvente de la nada de las cosas, de la esterilidad del esfuerzo, de la trivialidad de la vida, y conoció las angustias del desencanto. Hu-

biera sucumbido de seguro, a no salvarle su innata energía, desarrollada en la vigorosa disciplina del trabajo diario. Así, desvanecidos los ensueños, y sintiéndose, no obstante, capaz de triunfar en la comedia humana, se lanzó resueltamente a la lucha.

Estudiaba metódicamente tres o cuatro horas; concurría después a las fiestas; frecuentaba, como simple curioso, a los hombres de todos los círculos; platicaba con niñas y señoras; era atendido y solicitado: pero a nadie había descubierto el fondo de su alma. Su fina disección de los hombres y de las cosas, de los resortes que activan o atemperan las pasiones y determinan los efectos, su sed implacable de conocer la vida, no se exteriorizaban sino en alusiones vagas, pronto reprimidas. Teníanle por un muchacho inteligente y diestro, de porvenir seguro. Su papel era, pues, muy cómodo, y le entretenía representarlo.

Mientras tanto, la decepción aquella había dejado surco imborrable en su amor propio, y quizás también en sus sentimientos; y, al ver a la niña en todas partes, experimentaba siempre, a pesar suyo, el secreto atractivo, el veneno su-

til que penetra insidiosamente. Pasaba, pasaba, cada vez más prestigiosa, dominando dulcemente ; — y seguía « rechazando » . . . eran ya varias las víctimas ; mas nada de eso lograba desalentarle ; comprobaba que la insensibilidad de ciertas « difíciles » es a menudo ilusoria ; había visto rendirse a tres o cuatro, después de muchas alternativas, en poco tiempo. Por otra parte, estaba persuadido de que su fracaso se debió primordialmente a la inexperiencia de sus pocos años. Fué entonces un «chico ridículo» ; pero, al presente, más ducho y con la inteligencia más ágil por la observación y la lectura, hombre ya, con ascendiente social, « todo un partido », bien podía suponer posible la conquista.

Aguijoneado por esta idea, reanudó los « festejos » calculada y gradualmente. Con general sorpresa, se acercó en una tertulia a la niña ; mostróse parco y hábil, y se retiró dándose cuenta de que la había interesado. Volvió a acercarse a ella en otras reuniones, con análoga estrategia. Por fin, algún tiempo después, en un baile, tuvieron largo y significativo coloquio. Con palabras vibrantes, le habló de los sentimientos

que siempre había experimentado por ella; y con irónicas reticencias respecto a su primer fracaso, dejó traslucir dolorosa duda acerca de su propio valer. Sin embargo, había luchado enérgicamente contra esta tendencia mórbida.

Muy pálida, con los ojos como velados y los labios ligeramente contraídos, la joven le dejaba hablar, como hechizada por el dulce ritmo de misteriosa melodía. Después, reaccionando, le dijo:

—Veo que es usted sincero; en la primera ocasión en que nos volvamos a ver, hablaremos seriamente.

Y se separaron.

Después... el exceso de análisis, la deplorable indecisión con sus proyecciones múltiples. A pesar de todas las ventajas, ¿le convenía aquella mujer? Él era ambicioso; creía en su figuración política, en su predominio social; no era cosa de precipitarse a lo que podía resultar un serio error. Además, ¿no se trataba de un capricho engañoso? En fin, quería esperar, meditar el caso; y, temiendo comprometerse en una nueva entrevista, procuró retardarla.

Explicábase al presente, con toda nitidez, el

rápido proceso que su incorrecta actitud determinó en aquella mujer orgullosa: extrañeza al principio; luego, duda; indignada persuasión, por último, de que él se había vengado de las calabazas de antaño. Y rememoraba Julián, no sin pesar, hasta los menores detalles: saludos fríos, miradas esquivas, y... ni una sola palabra. De cualquier modo, estaba lejos de prever el desenlace. Ella tenía un solo cortejante, mozo acaudalado y mediocre. Contando como segura la victoria, le llamaba Julián: «Mi rival, el de reserva». Y, sin embargo, de repente, tras el simple rumor, el anuncio formal del casamiento con el otro, ¡el de reserva!

Seguía rodando el coche, camino de Palermo. Julián del Sarte conservaba la misma actitud, cual si un letargo le tuviera postrado en los cojines.

¡Ah! ¡qué tortura la de aquel triste drama entre bastidores!... ¡Creíase enamorado!

De pronto se preguntó:

—¿Y más tarde?

No, imposible. Era de la raza de las intachables. Se resignaría, se doblegaría, y, por gra-

titud a su esposo, bueno, enamorado y dispuesto a satisfacer sus caprichos, quizás acabaría por quererle.

Incorporóse:

—¡Ya en Palermo!—exclamó.

Estaba lúgubre Palermo a tales horas. La luz de las lámparas eléctricas rasgaba acá y allá las tinieblas.

—¡Volvamos!—ordenó al cochero, y, extenuado por el sentimiento que le subyugaba, repantigóse nuevamente.

BRUJAS LA MUERTA

Desde mi ventana del hotel, contemplo la Plaza Mayor. Va cayendo el crepúsculo y difunde tonos lívidos en seres y cosas.

La masa imponente de los Mercados perfila, en el cielo pálido de Flandes, su magnífico *beffroi*, maravilla del arte gótico, himno cincelado en la piedra, evocador del pasado glorioso de la ciudad. Yérguese la altanera torre, tenuemente arrebolada por los últimos fulgores del ocaso. En medio, el dorado reloj marca las cinco, y tras las graves y solemnes campanadas, el *carillón* esparce, en el silencio profundo, los acordes de plañidera melodía.

¡El pasado de Brujas!... Todo lo evoca en la Plaza Mayor: el monumento de Breidel y de Co-

ninc, en el centro, muestra la imagen de aquellos dos hombres extraordinarios de la plebe, fogosos, brutales, heroicos, figuras soberbias que, en la lejanía de las edades, adquieren carácter legendario. Recuerdan las terribles luchas comunales; recuerdan los *Maitines brujenses*, la carnicería de franceses, despiadada y feroz, el trágico despertar comparado en la historia con las *Vísperas sicilianas;* recuerdan la célebre « batalla de las espuelas de oro », fantástica, casi inverosímil, donde pereció la flor de la nobleza de Francia.

En una encrucijada, el viejo hotel del Cranemburgo nos habla de Maximiliano de Austria. Allí estuvo quince días prisionero aquel famoso «rey de los romanos», falso, vengativo y siniestro, que una vez libre, gracias a Inocencio VIII, se apresuró a violar su público juramento, e infligió a la ciudad el crimen, el saqueo y la ruina.

Todo evoca lo pasado: los edificios de fachadas en aguilón, modelos del más puro estilo flamenco: los zócalos, las molduras, los bajos relieves; la ojiva, calada y tenue como encaje; en los muros, la pátina de los siglos, y, por doquiera, la quietud y la belleza mortuorias. Todo

habla de la Edad Media, como si el destino hubiese querido reservar incólume este ambiente incomparable para los soñadores de la tierra.

En París, en el museo del Luxemburgo, hay un curioso pastel de Lévy-Dhurmer, que ha atraído algunas veces mis miradas. Produce artificiosamente la impresión de haber utilizado el pintor la fotografía de un poético canal de Brujas, obtenida en el momento mismo en que se interponía, entre el objetivo y el panorama, la figura de un hombre. Éste, apareciendo en primer término, malogró el propósito del fotógrafo, pues resultó, sobre fondo de «paisaje urbano», un retrato, el de Jorge Rodenbach, el poeta indeciso y sutil, el cantor crepuscular de *Brujas la Muerta*.

Su recuerdo me persigue al errar tranquilamente en estos días grises por las calles y los canales de Brujas, apacibles, desiertos, cargados de misterio. Parece guiar mis pasos, y me asedian su imagen fina, su mirada ondulante como su alma, y su vaga sonrisa,—su aspecto de retrato de 1830.

Nadie ha sentido como Rodenbach la honda

melancolía de esta «ciudad del silencio». Era su pasión; la amaba como a una mujer... Viviendo en París, en los últimos años de su corta existencia, amigo de Goncourt y Daudet, gozando de la civilización y de la fama, su refugio predilecto era, sin embargo, Brujas. Como el Hugo Viane de su novela, su temperamento delicado formaba, con este ambiente taciturno, una ecuación misteriosa. Se había establecido el más íntimo consorcio entre el alma de la ciudad y la suya propia; y las páginas que ha dejado, cinceladas, exquisitas, sugerentes; sus cuadritos, primorosos cual miniaturas de Hans Memling, son las páginas más intensas y más bellas que se han escrito sobre Brujas.

¡ Hans Memling !...

Esta mañana me despierto con la obsesión de los cuadros, y, siguiendo el consejo stendhaliano, no vacilo en abandonarme a ella.

Como de ordinario, es un día brumoso. La Plaza Mayor está casi desierta. Alguno que otro burgués rollizo y apacible se dirige a sus quehaceres, quehaceres de provincia, mediocres y lentos; alguna que otra devota, de vestido obscuro y capucha caída sobre los ojos, va con

paso leve a la iglesia; alguno que otro muchacho vagabundo hace sonar en las piedras la madera de sus zuecos.

Caminando a lo largo del poético Dyver, llego al Hospital de San Juan, asilo menos de caridad que de belleza, con sus muros sombríos y sus altas ventanas en ojiva; y recuerdo mis largas horas de lectura allende los mares, en el rincón tranquilo y familiar. Surge en mi alma, con vigoroso relieve, la Brujas del siglo XV, la Brujas que vió desarrollarse en su seno la carrera luminosa de Hans Memling.

Represéntome el ducado de Borgoña en todo su esplendor: extraña mezcla de cultura y de barbarie, de sutileza florentina y de violencia teutónica, de elegancia y de crímenes. Imagino a las damas de Brujas deslumbrantes de fausto medioeval, las damas de Brujas que despertaron la envidia de Juana de Navarra; y pienso en la curiosa ironía de aquel mundo sin virtudes, de aquella sociedad depravada y magnífica, que produjo la flor suprema de la pureza cristiana: el arte de Hans Memling.

Acude a mi memoria la hermosa leyenda del pintor. Le veo llegar a Brujas una tarde helada

de invierno, después de la derrota de Nancy, herido y desesperado. Llama a la puerta del Hospital, y pide refugio. Aquí, robustecido el cuerpo, impregnada en misticismo el alma, le veo más tarde, creando en la serenidad del claustro, como el beato Angélico, las maravillas que debían ser la opulenta retribución del hospedaje, y constituir el tesoro de esta casa.

Atravieso a la ventura un claustro silencioso. Mis pasos resuenan lúgubremente bajo la bóveda fría y angulosa. En el marco sombrío de una puerta, asoma la nívea toca de una hermana de la caridad. Sus ojos azules, límpidos y tristes me saludan, me acogen: imagen suave, que parece venir del *Museo de Beguinas* de Rodenbach. Me detengo; he equivocado el camino, y ella me lo indica.

Paso algunas horas en la sala de Memling, horas de intenso deleite del espíritu.

En el centro de la misma se halla el *Relicario de Santa Úrsula*, en forma de capilla gótica. Memling empleó varios años en estas miniaturas, que representan el martirio de la santa y de las once mil vírgenes. Están pintadas con extrema prolijidad, con sorprendente exactitud.

¡ Qué nitidez de pincel y qué celeste pureza de alma ! En medio de las orgías de su tiempo, Memling, tan excepcionalmente dotado para expresar las delicadezas del corazón y del espíritu, debió de sentir, en este ambiente no turbado por las bajas pasiones, la sugestión divina de su arte.

Los pintores prefieren el *Matrimonio místico de Santa Catalina*. Fromentin lo considera «una página decisiva».

En un estrado con fondo de oro, aparecen la Vírgen y el Niño, quien ofrece el anillo nupcial a la santa. En segundo plano, el Evangelista y dos ángeles vestidos de frailes. Después, Santa Bárbara y el donador, el inevitable donador de los cuadros flamencos y holandeses.

Hay, en este simple conjunto, una rara habilidad técnica de composición y de dibujo, y una fuerza creadora empapada en el más puro idealismo. Las dos figuras femeninas tienen gracia y suavidad inefables.

El díptico de *Martín van Nieuwenhove* es particularmente admirable por el retrato del afortunado burgomaestre de Brujas. Más que nunca, Memling se muestra aquí tranquilo y recogido,

discreto y profundo. La fisonomía distinguida del modelo está fijada con tal vigor y verdad que, como se ha dicho, no deja duda sobre el parecido.

Una mirada para la *Sibila Zambeth*, cuyos ojos azules, diáfanos, serenos, revelan el candor de su alma mística.

El guardián de la sala que, por excepción, no carece de buen gusto, me hace observaciones útiles y me facilita una lente para examinar en detalle aquellas figuras casi todas diminutas. Duplico, pues, gustoso, la propina habitual.

—Ya tengo para una botella de buen vino— me dice sonriente.

Diríjome a *Notre-Dame*, iglesia vetusta del siglo IX, cuyo enorme campanario indica el derrotero a los marinos.

Rodenbach tenía cariño a esta iglesia, sobre todo por su carácter mortuorio. No se da un paso en ella sin encontrar una lápida. Hugo Viane, es decir Rodenbach, la había escogido para su hondo meditar, pues sentía aquí, como en ninguna parte, «la nada de la vida iluminada por la visión del amor, que se perpetúa en la muerte».

Busco de preferencia la *Madona* atribuida a Miguel Ángel, y las tumbas de Carlos el Temerario y de su hija María de Borgoña.

La Virgen con el Niño en la falda se destaca sobre un fondo de mármol negro. Algunos escultores observan los contornos ligeramente «flojos», y dudan por tanto de la paternidad de Miguel Ángel. De cualquier manera, es un admirable trozo de escultura.

Exornan una capilla lateral los dos célebres sepulcros. Se los visita con vaga emoción. El de María de Borgoña es un precioso monumento de mármol negro y bronce dorado, sobrio de líneas, casi rígido; pero su severidad no excluye la elegancia; dijérase el pensamiento austero de Beckére atenuado por la gracia de Donato de Urbino.

Análoga, aunque inferior a la de su hija, la tumba de Carlos el Temerario tiene, no obstante, más poderoso atractivo por el prestigio de aquella figura gigantesca, soberbio ejemplar de las monstruosas pasiones de su tiempo.

Tomo por la calle del Espíritu Santo, camino de San Salvador. Contemplo, al pasar, el her-

moso e histórico palacio de los señores de Gruuthuuse.

Cuenta la tradición que la catedral de San Salvador fué fundada por San Eloy, de orden de Dagoberto. Carece de unidad de estilo y casi de valor arquitectónico. Después de visitar la Santa Gúdula de Bruselas, el interés de tales iglesias es principalmente arqueológico. Posee, es cierto, una serie de cuadros de los pintores conspicuos de la escuela local: Lancelot Blondel, Claissens, Pourbus, Mostaert, etc.; mas, en esta rápida impresión de las riquezas de Brujas, es indispensable descuidar lo subalterno.

Por la calle de las Piedras, me dirijo a la Plaza Mayor. Es mediodía; no se ve alma viviente, ni se oye más sonido que el de mis pasos en la acera.

De pronto, el *Restaurant del Círculo Católico.* En esta ciudad monacal, que parece un inmenso beguinaje, ofrece interés el escudriñar sus intimidades. Entro en el *restaurant*, atraído por la vaga esperanza del «color local». Me equivoco: es idéntico a los demás del país de Flandes. Está desierto. Sólo, en un extremo

del comedor, dos macizos eclesiásticos satisfacen cómoda y abundantemente las exigencias de la vida. Mientras almuerzo, repaso las impresiones de la mañana, y tomo estos apuntes...

Au bruit des carillons qui chantent dans la brume (¹)

En la Plaza del Burgo, me detengo ante algunos prototipos de arquitectura brujense: la Casa de Ayuntamiento, verbigracia, acabado modelo del período ojival. El Archivo, de estilo Renacimiento, y la Capilla de la Santa Sangre, que forman una esquina de la plaza, son joyas inapreciables.

En la sala del Consejo del Palacio de Justicia, admiro la monumental y famosa *Chimenea del Franco,* del siglo XVI, con sus columnas de mármol negro y sus bajos relieves de alabastro. En su campana, una estatua de Carlos V. de tamaño natural. A la derecha, Maximiliano de Austria y María de Borgoña; a la izquierda, Fernando e Isabel de Castilla, los cuatro abuelos del monarca.

No conozco nada comparable. Hay allí fuerza de inspiración y gran delicadeza de cincel. La línea es pura, y los detalles, acabados.

(¹) Baudelaire.

Por la tarde, me encamino al Lago del Amor *(Minnewater)*, delicioso rincón de paz letárgica. Lo circundan sauces frondosos, que hunden sus largas cabelleras en las aguas. Éstas, según la leyenda, destilan fatalmente en las almas el amor.

Surcan la tersa superficie algunos cisnes, comparados por Rodendach al candor de las almas virginales. Recrean la vista el encanto de su níveo plumaje y la curva flexible de sus cuellos. Enfrente, la agrupación de conventos tan peculiar en todo Flandes: el Beguinaje, donde la insuperable Sor Úrsula elabora sus encajes aéreos, maravillosos; contiguo al Beguinaje, un puente de tres arcos, cinco veces secular; a lo lejos, la aguja de *Notre-Dame* y los campanarios de otros templos, finamente dibujados en la cenicienta gasa de la tarde;—y el más profundo silencio...

Sigo a lo largo de los canales, del malecón de los Marmolistas, del malecón Verde, hasta el puente de los Molinos,—el paseo predilecto de Rodenbach. Visito después iglesias de suburbio, llenas de tranquilidad y de silencio.

En la de Jerusalén, vaga reproducción de la

del Santo Sepulcro, y donde se venera una reliquia «de la Cruz», se respira ideal serenidad. Parece una inmensa tumba, adonde no llega eco humano. Rectifico: a la salida, oigo voces y veo a dos chicos que, encaramados en la pila, chacotean y se lavan la cara... ¡con el agua bendita! Naturalmente, los increpo, mas no puedo contener la risa. Ellos entonces, soltando la carcajada, se escurren por la puerta más próxima. Al asomar por la calle de la Pimienta, los veo enfilar a escape, con gran ruido de zuecos, a lo largo de las vetustas casas; y me produce una sensación extraña y deliciosa, en este caer suavísimo de la tarde, bajo este cielo gris, la vieja calle característica, intacta, sin duda, desde el tiempo de Hans Memling.

En la puerta de Santa Cruz, una de las cuatro que protegen la ciudad, me quedo hasta el crepúsculo, mirando el agua dormida de los canales silenciosos, llena la fantasía de recuerdos y de ensueños.

EL ERRANTE

La lectura, en un periódico bonaerense, de una interesante correspondencia de Belisario Márquez, fechada a bordo de un barco inglés en aguas japonesas, y escrita, sea dicho entre paréntesis, con la sutileza de concepto, la ironía delicada y el don de pintar que caracterizan su manera, me ha recordado los días que pasamos juntos en París, hace algún tiempo,—sobre todo una expansión personal, insólita en un hombre de su reserva hermética, y que me permitió columbrar su más íntimo secreto.

Una noche, en el vestíbulo de la Comedia Francesa, me preguntó un compatriota:

—¿Ha visto al Errante?

—¿A Belisario?

—Sí; está en una platea.

—¿Es posible? ¡Y yo que lo creía en Australia! ¿Está usted seguro?

—¡Segurísimo! Se ha quitado el bigote y ha enflaquecido mucho, pero es él, no me equivoco.

Me despedí de mi interlocutor, y entré en la sala. Era el último entreacto de un martes clásico, y la concurrencia se componía, en su mayor parte, de la curiosa selección que constituye el *Tout Paris*. En las «plateas», muchos hombres, de pie,—el núcleo de escritores, artistas, políticos y mundanos,—observaban los palcos, ocupados casi todos por exquisitas mujeres, lujosamente ataviadas, flores de extrema civilización, expuestas en el luminoso invernáculo de aquel teatro único en el mundo.

En un grupo de compatriotas, sobresalía la alta figura de Belisario Márquez. En su rostro afeitado, fino y vigoroso, de hombre de acción y pensamiento, brillaban sus ojos negros, detrás de los lentes de oro. Tenía todo el aspecto de un inglés.

Al reconocerme, hizo ademán de tenderme los

brazos, pero le contuvo la influencia del medio. Díjome en seguida que había realizado con felicidad su viaje a los Estados Unidos, y que su regreso a París obedecía al designio de prepararse a una excursión por tierra al Extremo Oriente.

—¿Conocías ya a este pobre *Priola?*—me interrogó de pronto.

—Lo he visto dos o tres veces. Me trae aquí la costumbre. Acabo de llegar.

—¿Hay algo que te retenga?

—Nada—le contesté sonriendo.

—Pues acompáñame.

Y henos en marcha, del brazo, por la Avenida de la Ópera, no muy concurrida en aquella noche húmeda de invierno.

Mi amistad, ya antigua, con Belisario Márquez, era estrecha y sólida. A un afecto recíproco, se agregaba de mi parte un vivo sentimiento por su deplorable incuria, que esterilizaba cualidades reunidas rara vez en un solo hombre. Habíamos colaborado juntos en periódicos porteños. El vigor intelectual, la pujanza dialéctica y el criterio algo paradójico de mi amigo, unidos a la diferencia de edad—me llevaba cuatro o cinco años,

—ejercieron, en mis ideas de adolescente, considerable influencia. Después, andando el tiempo, sonó la hora de la emancipación. En todo caso, si, en la contienda diaria, he seguido con interés a algún hombre, ha sido a él. Y es que, además de las dotes ingénitas y adventicias, su existencia, en los últimos diez años, ha ofrecido los aspectos más inesperados y desconcertadores. Opositor al gobierno, Belisario entró, sin embargo, en el Congreso, lo cual, como es sabido, constituía entonces casi un milagro electoral. Pronunció luego, contra los caudillajes de provincia, un sonado discurso, que le dió a conocer como orador de buena cepa. Después... el silencio; una apatía, una indiferencia inexplicables. Faltaba a las sesiones, vivía en el Jockey Club y en el Círculo de Armas, y jugaba, menoscabando su patrimonio. No obstante, sin duda por tendencia irresistible, cultivaba su espíritu. Era, como Julián del Sarte y otros dilettantes bonaerenses, un devorador de buenos libros y un escudriñador de la vida. Dotado de fino discernimiento y de infalible memoria, pasaba por un *causeur* cautivador, sin rival en la anécdota, lleno de gracia y de sutilísima ironía.

De vez en cuando, publicaba un mordaz artículo sobre política, pero sin reincidir, cual si fallase algún resorte, como si nada, ni el elogio, ni el efecto, a veces enorme, le sirvieran de estímulo. Y, sin embargo, se le vió, en la lucha partidista, firme, tenaz. El año 1893, en la revolución, fué de los pocos que, a la entereza y sangre fría, unieron la perseverancia inquebrantable. Su fondo era, para nosotros los amigos, un inquietante enigma. Le conocíamos, en la esfera de la galantería, relaciones sin consecuencia. Frecuentaba los salones, sin demostrar la menor afinidad sentimental, y, si alguien sospechaba que abrigase recónditos secretos, era tal vez por la idea, estoy por decir innata en el corazón del hombre, de que no existe sobre la tierra quien se libre en absoluto, al menos una vez en la vida, de la fascinacion de la mujer.

Por fin, cierto día, sin otro móvil aparente que el de divertirse, Belisario se embarcó para Europa. Y en aquella noche fresca y húmeda del invierno parisiense, por la Avenida de la Ópera y por los grandes bulevares, me narraba sus largas peregrinaciones, y agitaba ante mis ojos, para decidirme a acompañarle, el señuelo

de aquel Extremo Oriente que iba a conocer, y en el que ya pensaba al partir de Buenos Aires.

En los quince días que pasamos juntos en París, alternaron los goces del espíritu con las diversiones. Por las mañanas, una sesión en el Louvre, inagotable selva del arte y de la historia. Belisario, que había visitado ya casi todos los museos de Europa, en parte acompañado por nuestro común amigo el pintor Luis Beltrán, emitía, con la mayor llaneza, opiniones tan ingeniosas como profundas. Después, la Sorbona, el Colegio de Francia, los teatros, las carreras de Auteuil y de Longchamp. Recuerdo, entre los múltiples paseos, uno encantador a Chantilly: una tarde íntegra en el castillo y en el parque, bajo el supremo prestigio de aquella residencia señorial. Mi amigo, con inspirado acento, hacía revivir la figura serena del duque de Aumale, el más grande quizás de los últimos gentileshombres de Francia.

Sentados una tarde en una avenida lateral del Bosque de Bolonia, conversábamos de la patria lejana, de la política, del «politiquerío» que

malogra a tantos hombres de cualidades positivas. Había yo advertido, en las opiniones de Belisario, algunos rasgos de mordacidad casi agresiva al disecar a ciertos personajes de mayor y menor cuantía en nuestra tierra. No pude contenerme, y se lo dije:

—Es cierto—me respondió;—llego hasta exasperarme al recordar nuestras miserias y ridiculeces, y prefiero ser filósofo...

Quedóse ensimismado. A lo lejos, en el fondo de la avenida, avanzaban ya las sombras del crepúsculo. Escasos transeuntes;—pasaban a veces, en coche, las clásicas parejas de enamorados que, como las aves, se guarecen en los solitarios laberintos del bosque.

Presentí el momento de las grandes confidencias, y me dispuse a aprovecharlo, espoleado por la vehemente curiosidad de explorar aquella región del alma de mi amigo, vedada para mí hasta entonces. Como manifestara su tendencia cada día mayor al turismo, le dije:

—Pienso que debías combatirla. Tus viajes de epicúreo te proporcionan placer y enriquecen tu cerebro; pero, si te habitúas a ellos y aguzas desmedidamente el sentido crítico, te expones

a debilitar tus energías. No olvides lo que puedes llegar a ser en nuestro país.

Y como vi en sus labios una vaga y compasiva sonrisa, agregué:

—Diré una vulgaridad más, pero igualmente sincera. Te ha faltado la fuerza que sólo un gran cariño nos comunica; casado, hubieras sido el hombre que... aún podrías ser.

Callé, sorprendido, perplejo, al ver la expresión de su semblante. Me pareció de pronto un desconocido, con no se qué fisonomía de mortal angustia. Duró aquello un segundo, mas ha dejado en mi memoria imborrable recuerdo. Con voz cuya emoción ya había logrado velar gracias a su poder de disimulo, dijo con lentitud:

—No sé si estás en lo cierto. De cualquier modo, en muchos años no volveré a Buenos Aires. Como tácitamente reclamas mi franqueza, te confesaré que alguna vez tuve la intención de casarme. Ignoro si la mujer que elegí me hubiera correspondido. Me inclino a creer que no. Lo indudable es... que se abrió entre los dos un infranqueable abismo.

Comprendí que mi amigo no diría una palabra más, y no turbé su silencio con nuevas indiscreciones.

EN PERUSA

En Perusa, un domingo de otoño, bajo el azul amortiguado, el oro y el rosa de un poniente de Umbria.

He llegado hoy, prosiguiendo una peregrinación artística por las ciudades menores de Italia, misteriosamente encantadoras; y, en vez de dirigirme desde luego al famoso baluarte medioeval, he preferido venir al clásico jardín del Frontone, solitario a esta hora apacible de la tarde, a contemplar el valle de Umbria que se dilata a sus pies.

Figúraseme este jardín del Frontone una avanzada de la antigua ciudad guerrera, casi inexpugnable en sus ásperas colinas. Cubierto de vides, olmos y olivos, salpicado de alquerías, el valle desciende perezosamente hasta el

Tíber, que arrastra el caudal tranquilo de sus aguas en dirección a la Ciudad Eterna. Más lejos, al frente, recostada en una eminencia del Subasio, reposa la blanca Asís, patria del gran pobre. Las nevadas cimas del Apenino alargan su armoniosa cadena, bañándose en todas las gradaciones del azul, hasta perderse en el horizonte, y, en sus laderas, apenas se divisan Foligno, Trevi, Spoleto. Resplandecen el cielo límpido, de suavidad y de pureza extremas, y el azul amortiguado, el oro y el rosa de un divino poniente de Umbria.

Lunes.

Mi ventana del hotel da a la principal arteria de la ciudad, que lleva el nombre de su gloria intangible: Pedro Vannucci,—*el Perugino*. Mañana nublosa y fría. Sopla muy tenue el *venticello*, que es, de ordinario, duro azote invernal de este «nido de águilas».

En cuanto abarca la vista se perciben vestigios de otros tiempos, aunque profanados por la trivialidad de la vida presente. Sentados a las mesas de los cafés,—el *Trasimeno*, el *Aníbal*,

el *Vannucci,* ¡viejos y pomposos nombres!—o vagando por la acera, en la meridional delicia del *far niente*, los indígenas, ya conocidos nuestros ... por los cuadros de los adorables maestros umbrios, reciben, embozados en inmensas capas, la caricia solar, y, platicando, pasan las horas muertas. Alguna que otra perusina, de tez morena y ojos negros, ondula a través de los grupos, repartiendo saludos y miradas. Escasa animación. Es la calle de provincia, soñolienta en las horas del día, y como muerta en las horas nocturnas,—la calle de provincia que me trae gratas reminiscencias del rincón lejano.

A pie, por el Corso. He ahí, a su extremidad, la plaza del Municipio. El corazón de las viejas ciudades italianas late en la plaza mayor, cuyas vetustas construcciones rememoran lo pasado, con sus épicas tragedias, su misticismo y su religión de la belleza; pero, en muy pocas, he sentido el omnipotente espíritu medioeval como en esta plaza de Perusa.

¡Pueblo singular, amalgama de guerrero desálmado, de artista vidente, de músico exquisito y sentimental! Toda su historia se ha desarro-

llado o ha repercutido y está simbolizada aquí. La mole majestuosa y adusta del venerable Palacio Comunal,—fortaleza almenada, que ostenta ojivas y filigranas del gótico *quattrocentista,*—revela el doble afán de precaverse contra el vandalismo de feroces enemigos, y de hermosearlo todo. A un costado, la magnífica fuente de Bevignate, amorosamente esculpida por los Pisano y por Arnolfo di Cambio, confirma la tenaz preocupación de la belleza. Al lado, el Duomo, con el sugestivo detalle del púlpito exterior sobre esta plaza que, en las solemnidades, se henchía de multitud fanática, nos habla con elocuencia del imperio religioso.

Recuerdo nuevamente las páginas de historia, leídas más de una vez con el interés apasionado que me inspiran las múltiples fases del Renacimiento en Italia: las formidables luchas intestinas, que Maquiavelo ha referido, entre las dos más célebres familias de Perusa, los Baglioni y los Oddi, encarnizados e irreconciliables como los Capuletos y los Montescos de Verona. Evoco el temerario asalto de los Oddi y sus secuaces que, escurriéndose en las tinieblas, tre-

pando las colinas, limando las cadenas de las calles, caen, al llegar a esta plaza del Municipio, en las garras de los Baglioni, tiranos de la ciudad, que ejercen en ellos las más crueles represalias del feudalismo. Luego, la dominación de Fortebraccio, quizás el más brillante *condottiere* de su tiempo, indomable en la refriega, generoso, magnánimo en el gobierno. Por fin, las luchas con el Pontificado, largo período sangriento, hasta el día fatal en que Giampágolo, el último Baglioni, atraído a Roma con insidias, para justificar su actitud de vasallo altanero y audaz, pereció en un calabozo del castillo de Santángelo.

Mas estos lúgubres fantasmas se desvanecen de improviso al reconocer, al otro lado de la plaza, la modesta fachada del obispado, donde el luminoso cardenal de rostro ascético que años más tarde debía ser León XIII, vivió dos o tres lustros, dirigiendo como dulce pastor la perusina grey, cincelando evangélicos poemas, y columbrando quizás el mágico horizonte de su vida.

Entro en la Pinacoteca—tercer piso del Palacio Comunal—solitaria en esta tarde de bru-

ma y de lluvia, y sumida en una quietud que se echa de menos en el Louvre o en el Museo Británico. Sensación de absoluto aislamiento. Vagando de sala en sala, mirando lenta, muy lentamente lo que me cautiva, corren las horas bajo la penetrante seducción de esta escuela de Umbria,—la más dulce, la más pura, la más mística de la tierra.

La colección es numerosa, y raro lo mediocre. Sorprende el conjunto por la unidad de pensamiento, la fuerza sentimental y la maestría en la factura. Destácanse el Perugino y su humilde discípulo Fiorenzo di Lorenzo, sobre todo en su admirable serie de *Milagros de San Bernardino*.

Estos cuadros del Perugino pertenecen, en su mayor parte, a la hora dolorosa en que el pintor, en la plenitud de la gloria, sintió que su inspiración perdía la pujanza. Recuerdan otros suyos de París, de Florencia, de Munich. Aseméjanse los rostros, como de hermanos. Son las mismas miradas soñadoras, pudorosamente veladas por los párpados, o levantadas al cielo con infinita ternura;—pero se siente el convencionalismo. No obstante, si la mano del

artista desfallece, subsisten las cualidades del encanto y de la gracia, y la incomparable suavidad del colorido. Es la curva declinante; mas ¿hay algo que despierte interés psicológico tan vivo como el ocaso del maestro?

Hace una semana, en la « Librería» de la famosa catedral de Sena, observaba yo los frescos en que el Pinturicchio ha contado magistralmente la historia del papa Pío II,—Eneas Silvio Piccolomini. Percibía el vigor, la abundancia y la delicadeza del toque. En Perusa, donde el pintor nació y trabajó, en este mismo museo, bajo la dirección de Vannucci, me ha sorprendido uno de sus lienzos de retablo por la intensidad del misticismo. Las figuras patentizan la misma destreza de que el pintor hace gala en su obra maestra de Sena; pero aquí la piedad celeste ilumina los rostros, y no creo que haya pintado jamás nada superior a este magnífico San Jerónimo.

De Fiorenzo di Lorenzo: San Bernardino convirtiendo a una cortesana, libertando a un prisionero, salvando a un niño acosado por un toro.—Numerosos personajes presencian los milagros, y ruegan, sufren, lloran. Una vida

intensa palpita, en medio de un lujo suntuoso de ornamentación, a que sirven de fondo los más bellos paisajes de Perusa.

Pero la obra capital de la escuela está en la *Udienza del Cambio*—la Lonja—en la planta baja de este mismo palacio, y es del Perugino. Al sentarme en uno de los bancos de madera tallada que, en el Renacimiento, ocupaban los comerciantes de la ciudad, se me acerca el guardián y me dice que el *signore* Bourget ha pasado largas horas absorto en la contemplación de la obra maestra. No lo dudo: para el minucioso disector de almas decadentes ha debido ser como un oasis el lirismo de las figuras peruginescas.

Los entusiastas del Correggio peregrinan a Parma; los admiradores del Giotto acuden a Padua; los seducidos por las exquisiteces del Perugino vienen a la *Udienza del Cambio*. Los frescos de las *Siete Virtudes* constituyen su esfuerzo soberano; casi podría afirmarse que, mientras no se hayan visto, se ignora al gran artista. Los pintó a su regreso de Florencia, es decir, cuando el deslumbramiento que le causaron los mármoles antiguos de los palacios de los

Médicis hizo vibrar en su alma el sentimiento de la belleza griega. Y por ello, toda la obra, que es un viviente resumen de las tendencias de su tiempo, nos ofrece una muestra singular de misticismo y paganismo. Es una vasta legión de figuras aisladas, sin ninguna afinidad recíproca. Se desconocen, ni aun se miran; están engolfadas en su sueño interior, puro y armonioso. Sus cuerpos sanos y atléticos, de líneas escultóricas, dicen la influencia helénica, pero en sus ojos canta el misticismo. El contraste de estas almas de ascetas en cuerpos de efebos es tan curioso como el de la vecindad imprevista de figuras plutarquianas—Leonidas, Pericles, Escipión, Camilo, muchos otros—con la *Transfiguración*, que representa la Fe, y la soberbia *Adoración del Niño*, que simboliza la Caridad.

Las sombras de la tarde empiezan a envolver piadosamente los frescos, y abandono la *Udienza*.

Ha cesado la lluvia. Aventúrome por las calles, anheloso de extraviarme en el laberinto secular, apenas modificado por la vida moderna. Son callejuelas en áspera pendiente, tor-

tuosas, tétricas. Algunos edificios parecen fortalezas o prisiones. Y, en todo, el sello característico de la existencia feudal, con variadas perspectivas sobre el valle, empapado en la lluvia. Atravieso el *Arco del Reloj*, y desciendo la escarpada *via dei Priori*. En la *Deliziosa,* una lápida indica la casa del Perugino. Figúrome que, por este mismo camino, subiría diariamente el maestro, en el apogeo de su gloria, a pintar aquellos frescos admirables, acompañado a veces por Rafael Sanzio, niño aún y ya su mejor discípulo. Se me impone una vez más el problema psicológico de su alma. ¿Perdió la fe en Florencia, como se ha pretendido, ante el suplicio de Savonarola y en la contemplación epicúrea de los mármoles griegos? Las figuras del *Cambio,* en el dualismo expresivo que acabo de comprobar, respiran ingenuidad. Ocúrreseme que el derrumbamiento moral es posterior. ¿Qué lo produjo? Es el constante enigma. Lo incuestionable es que el fervor del creyente, que alimentaba como rico manantial la inspiración fecunda del artista, fué substituido sin transición por un amargo ateísmo. Se dejó subyugar por la avidez del dinero y los goces de la tierra.

En el artista muerto sobrevivió un laborioso industrial que, en los últimos años, ofrecía el triste espectáculo de una repetición infatigable, a precio de oro, de sempiternas figuras místicas, pero de un misticismo a la sazón fingido y lastimoso.

Martes.

Otra vez la lluvia, fina y persistente. El cielo cargado de nubarrones presagia que lloverá por lo menos toda la mañana. Hace frío. No hay duda, es el invierno que avanza.

Paréceme un día indicado para consagrarlo a las iglesias, a la Perusa religiosa, no menos interesante que la artística y la guerrera. Salgo del hotel, combinando el programa. En esto, aparece por el Corso, un desvencijado landó de ruedas rojas, tirado por un jamelgo pío. Lo conduce un mocetón de veinte años a lo sumo, de frescas mejillas y ojos... peruginescos, de casaquilla azul y sombrero girondino, y guarecido de la lluvia bajo un enorme paraguas verde. El «color local» me decide.

—¡A San Bernardino!

El incomparable automedonte fustiga con de-

nuedo, y allá vamos dando tumbos por las intrincadas callejuelas del decaído feudo de Braccio Fortebraccio.

El Oratorio está en los arrabales de la ciudad, en una silenciosa plazuela, frecuentada por comadres desocupadas y chicuelos. Agustín del Duccio, escultor, pintor, prodigioso ornamentista, trabajó la célebre fachada con la pasión y la fe de los antiguos maestros, felices principalmente porque realizaban la belleza en medio de un pueblo que los comprendía y los cubría de gloria. Policroma, como las catedrales de Orvieto y de Sena, presenta la superposición atrevida de un frontón griego y de un cintro romano, y, en torno de la estatua del santo, hay profusión de ángeles esculpidos, de escenas milagrosas, de guirnaldas, de follajes, de volutas, de columnitas, en que la terracota y el mármol alternan sin pesadez, gracias a ese don de suprema armonía que los artistas florentinos derramaban en sus maravillosas creaciones.

Desde el fondo del pintoresco landó, varado a la extremidad de la plazuela, a fin de permitirme dominar el conjunto de la fachada, en el silencio que me rodea y bajo la melancolía de

la lluvia lenta, incesante, evoco la seráfica imagen de Bernardino de Sena, heredero, a dos siglos de distancia, del gran santo de Asís. Me parece ver, en el púlpito exterior de la catedral, a aquel insigne taumaturgo, con los ojos iluminados por luz extraña, y creo oir su cálida palabra henchida de sentimiento, de ideal y de poesía, fascinando a la multitud, que le proclamaba su profeta, y predicando, en las horas más siniestras de los anales de Perusa, la ley de amor que vincula los corazones, e «infunde la humildad a los poderosos y la esperanza a los humildes».

El pequeño oratorio no tiene gran mérito. Echo una ojeada circular y me dispongo a dejarlo, cuando diviso, arrodillada ante un altar, alumbrado mortecinamente por un cirio, la forma indecisa de una mujer de buena presencia, vestida de negro, con la cabeza hundida entre las manos. Hay en ella una fuerza pasional que suscita curiosidad. ¿Qué secreto esconde su alma?... Espero unos minutos, salgo, miro nuevamente la fachada, escudriño desde lejos las viviendas vecinas, recorro la próxima iglesia de San Francisco, pobre como su patrono, y vuelvo a entrar en el Oratorio. Continúa la

inmovilidad. ¿Cuánto durará la plegaria?... Me decido por último a partir, llevando en la memoria la silueta de la desconocida, de hinojos aún y casi cubierta por las sombras, como símbolo palpitante del dolor y de la súplica.

—¡A San Pietro dei Cassinensi!

Un nuevo latigazo al jamelgo, y el venerable vehículo atraviesa a Perusa.

Visito, al pasar, en la iglesia de Santo Domingo, el suntuoso cenotafio de Benedicto XI, y consagro un recuerdo al humilde campesino elevado por imprevisto azar de la fortuna al solio pontificio. Como es sabido, no lo ocupó sino un año;—arrebatóle misteriosa dolencia cuando, arrepentido de haber levantado la excomunión de su antecesor, Bonifacio VIII, contra Felipe el Hermoso, se la volvió a imponer.

Diríase un atalaya sobre el valle de Umbria, la basílica de *San Pietro dei Cassinensi*. Requeriría todo un libro de historiador y de artista el pasado de este convento de benedictinos que, en pleno feudalismo, influía poderosamente en Perusa, pesando sobre el último súbdito como sobre el engreído podestá Biordo de Michelotti. El templo es milenario, y constituye un museo

en el cual, como alguien ha dicho, «el alma antigua, el alma medioeval, el alma rejuvenecida del primer Renacimiento y el alma voluptuosa del siglo XVI mezclan su múltiple poesía». El sacristán me ofrece sus servicios, y acaba por conquistarme con sus maneras moderadas y cultas. Soy el único visitante, y me aprovecho de ello para mirar a mi sabor las inapreciables riquezas que me va mostrando. Ya es el maravilloso coro esculpido de Esteban de Bérgamo, ya el antifonario, ya la serie de lienzos de Bonifacio, del Pontormo, del Sassoferrato, de Bonfigli, de Eusebio de San Giorgio, del Perugino sobre todo. Mi prudente guía no me molesta con explicaciones inútiles; deja que la magia de aquellas cosas se apodere poco a poco de mi alma.

Una sola vez me distrae: abre una puerta lateral, y se difunde en la nave una onda de luz. Salgo a un balconcito que parece colgado sobre el valle de Umbria. Un rayo de sol meridiano desgarra las nubes. A lo lejos, en un contrafuerte del Subasio, asoma, entre girones de bruma, la blanca ciudad de San Francisco. La diviso vagamente, como en sueños, y siento su atracción irresistible...

SUSANA

De pie, frente al espejo — en el bonito *boudoir* tan lleno de su persona que casi no se la concebía en otro ambiente,—con vestido de baile de color crema y con la garganta y el cabello cuajados de brillantes, la señora de Arnol se miraba no poco sorprendida, cual si le costase trabajo reconocerse.

No había ido a fiesta alguna hacía diez años, largos y tristes, que le pesaban como toda una vida; y estimulada por lo extraño de su aspecto a estudiar su semblante, sus ojos y toda su figura, se vió como había sido de soltera.

Mientras terminaba su atavío, se deleitó con este recuerdo. ¡Qué linda era entonces! Alta, de líneas graciosas, de talle flexible, tenía un tipo delicado, de suave y misteriosa seducción. Bajo

sus abundosos cabellos castaños, que sombreaban su frente estrecha, pero admirablemente modelada, se abrían los ojos, claros y grandes, llenos de serenidad y de pureza.

Al presente, entristecida por la sensación de lo irreparable, se miraba en el espejo con la melancolía nostálgica de lo pasado. La luz artificial prestaba a la piel que el escote descubría, exquisita tersura. Las facciones se hallaban prematuramente ajadas; la mirada, tan distinta de la de otros tiempos, cual si la vida dolorosa la hubiera amortiguado, tenía más fijeza, mayor intensidad. Ya no poseía su rostro, empañado por una sombra de pesar, aquel reflejo de ilusión que iluminaba sus virginales veinte años. Una languidez algo morbosa entorpecía la agilidad de sus movimientos.

De familia distinguida, aunque pobre, la figuración social de Susana Ramos hubiera sido tal vez poco brillante sin el cariño y la protección que le dispensaban unos tíos acaudalados y sin hijos, quienes se propusieron convertir a la colegiala tímida en ese objeto curioso a que se da el nombre de «niña casadera». Heredera presunta de sus tíos, la joven se inició, pues,

en la vida de sociedad con el alma llena de ilusiones y de anhelos de gozar. Dotada de espíritu sencillo, poco vivaz, pero preciso y ponderado, Susana dejó traslucir inesperada preferencia por uno de sus cortejantes, Fernando Rosas, eterno dandy, buen mozo y muy pagado de sí mismo, uno de esos jóvenes que «llenan los salones», que son «el alma de los bailes», uno de los muchos seres que flotan en la despreocupación y en el ocio, triviales, felices, sin criterio de la vida.

Apenas notados los «festejos», estalló la oposición en la familia de Susana. Sus padres, sus tíos, hasta sus hermanos menores, todos tomaron parte en la contienda, tan persistente y ruda que acabó por rendirla.

Los más tenaces fueron los tíos que, de tiempo atrás, pretendían casarla con Emilio Arnol, veinte años mayor que ella, feo, desairado y de cortísimos alcances, pero. . . «una de las fortunas sólidas del país». Susana no experimentaba ni aun simpatía por Arnol. Sin embargo, sugestionada por la prédica diaria de sus padres y tíos, que ponderaban «partido tan envidiable», y que decían de Rosas: «Es un inútil; acabará

por despilfarrar lo poco que ha heredado», Susana, en su gran inexperiencia, permitió que dispusieran de su suerte.

Casada con Arnol, no tardaron en llegar los días aburridos y tristes, inevitables entre quienes no han nacido para pasar la vida juntos. Él era apático, egoísta, sedentario, lleno de manías, enemigo de ostentación y de fiestas. De joven había esquivado los bailes y las demás ocasiones de encontrarse con señoras y niñas, no por desdén o indiferencia, sino por secreto instinto de su mediocridad, de su ineptitud hasta para las minúsculas lides de salón, el sentido de lo real, frecuente en las naturalezas más opacas. Proponíase, una vez casado, no llevar a su mujer a baile alguno; podía contentarse con algunas noches de teatro y algunas tardes de Palermo.

Susana sintió muy pronto la violencia del contraste, y, dominada por la voluntad sorda de aquel hombre, se sometió no sin pena. Él la quería, aunque friamente, un cariño por decirlo así metódico y casero, incapaz de satisfacer las aspiraciones de un afectuoso carácter de mujer.

Tuvieron un hijo, y a él consagró Susana todas sus fuerzas vivas. Fué su pasión tiránica

aquella criatura endeble y enfermiza, cuyos ojos angelicales eran idénticos a los suyos. Pasaba los días embelesada, acariciándole, saboreando sus gracias, sus «monadas», los mil hechizos inimitables, propios de la edad. Un día, la salud del niño empezó a declinar. Fué una consunción o algo por el estilo, un agotamiento paulatino de su pobre savia. Luego... la muerte. Experimentó Susana un desfallecimiento profundo, y, durante tres años largos, su vida truncada y maltrecha se arrastró penosamente, monótona, sombría, con la tristeza de las tardes de lluvia.

Después, poco a poco, con penosa lentitud, resurgió su espíritu. Por fin salió, pagó visitas, volvió a frecuentar a sus amigas, y a interesarse —relativamente al menos—por las menudencias de la vida mundana. Le costó, sin embargo, gran esfuerzo aceptar la invitación que le hizo su marido para llevarla al «gran baile» dado por su socio, don Raúl Benítez, con objeto de «presentar en sociedad» a su hija Guillermina.

El cupé había tomado por Florida, hacia el Retiro. La noche estaba fría. Arnol y Susana iban silenciosos. Sólo de cuando en cuando decía

él alguna vulgaridad; y, en los escasos monosílabos con que ella contestaba, se traslucía su emoción. Al llegar latíale el corazón violentamente.

En el vestíbulo, el señor Benítez, grueso, de barba entrecana y ojos negros, estaba de pie, con la cara radiante. Se precipitó hacia ellos. Dió el brazo a Susana, y la llevó al tocador, mientras Arnol se dirigía al guardarropa. Después volvieron a encontrarse en la puerta del salón, y los tres entraron juntos.

Había comenzado ya la fiesta. Muchas parejas bailaban. Un bullicio incesante se mezclaba con los acordes de la orquesta; era la honda vibración del placer mundano, que cundía por los repletos salones.

La señora de Benítez salió al encuentro de los recién llegados, gozosa, con la mirada chispeante, desempeñando con tino su papel.

—¡Cómo me felicito Susana de este triunfo, porque es un triunfo que haya usted venido! . . .

Sentáronse en un sofá inmediato, y continuaron las trivialidades con gran animación.

Los maridos se alejaron a recorrer los salones. Arnol lo miraba todo con sus ojos inertes, y Benítez, amable, atento, observaba, como perito en

la materia, a las mujeres que pasaban, risueñas, envueltas en nubes de gasa y seda, indolentemente apoyadas en el brazo de los caballeros, mientras la orquesta inundaba el ambiente con la vertiginosa profusión de sus acordes.

La señora de Benítez dejó a Susana en compañía de algunas amigas, y salió a recibir a otras recién llegadas. Casi en seguida se aproximó a ésta un amigo de Arnol. La invitó a dar una vuelta, obsequioso, insulso; ella, aunque le conocía a fondo, aceptó afable. Era un intermedio, y la gente circulaba. Algunos la saludaban con extrañeza y simpatía, y ella echaba de ver que, en general, no producía desfavorable impresión. En sus contemporáneos, sobre todo, notaba sorpresa. ¿De qué? ¿Del cambio?

Divisó de pronto, en un extremo del salón, a Fernando Rosas, su antiguo cortejante. Sintió viva emoción. Desde aquellos tiempos le había visto poco, y siempre a distancia. No le había olvidado del todo, sin embargo, y, en la soledad de su retiro, más de una vez encarnó confusamente en él su felicidad perdida, acariciándola el recuerdo como alada quimera que sonríe en las dulces horas del ensueño.

Fernando la había visto. Al pasar a su lado, la saludó grave, ceremonioso. El acompañante de Susana se retiró por fin, y se quedó sola en un sillón, presintiendo que Fernando se acercaría. No fué así, sin embargo. Vaciló él un momento. De súbito, hizo con la cabeza un movimiento rápido, nervioso, y detuvo a una de las parejas que pasaban. Ofreció el brazo a la niña, Guillermina, la «reina del baile», una morena alta y esbelta, de ojos negros, lánguidos e intensos, radiante de juventud y de belleza; y, engolfándose en el torbellino, pareció olvidar completamente a Susana.

Ésta, al menos, lo creyó así. Un choque violento sacudió su alma. Creía comprender: en el primer instante, un movimiento de curiosidad animó a Fernando; es claro, el contraste con la Susana de otros días. Luego. . . nada.

Acercósele su marido, que acababa de jugar una partida de *bridge*. Estaba ya cansado, y deseaba retirarse. Susana, agitada por sensaciones complejas, de despecho, de pesar, hasta de animadversión, se apresuró a complacerle. Buscaron a los dueños de la casa, para despedirse, y, a pesar de la insistencia de éstos, abandonaron el baile.

El frío era más penetrante. Atrás quedaba el murmullo interminable, confundido con los acordes de la orquesta: la honda vibración del placer mundano.

El cupé regresaba por Florida. Arnol decía:

—Ha estado bien, pero yo me hubiera aburrido sin el *bridge*. Y es natural: a mí, que ni de joven me han gustado estas cosas, mal pueden divertirme ahora. En fin. . . ¡ya estamos libres!

Susana no le escuchaba. Las sensaciones de la noche revivían en ella con dolorosa nitidez. De pronto, se agolpó a su memoria todo su pasado, en su cruel simplicidad: ¡una vida vacía, absolutamente inútil! Su hijo le había llenado algunos años, ¡los únicos! Después, todo en su corazón se fué desmoronando. . . ¿Qué podía esperar ya? ¿Qué sería de ella en adelante? Y pensó que, al día siguiente, volverían las pequeñeces de la existencia cotidiana; pensó, sobre todo, en la vulgaridad de aquel hombre. . . ¡su marido!

Al encontrarse sola en el *boudoir*, le oprimió la garganta una íntima congoja, y. . . lloró en silencio.

DIANA, ORACIÓN Y SILENCIO

Conscripción de Dennehy.

El cuartelero golpea sobre las carpas:

—¡Arriba! ¡Van a tocar diana!

De adentro responden: unos con el «¡Ya vamos!» plañidero; otros, con un ronquido; otros, con la palabrota, desahogo de la impotencia. Después, todas las carpas presentan el mismo cuadro: asoman los «tamangones»; luego, el capote azul; luego, el quepis; por fin, aquella masa informe evoluciona, y su triste dueño se yergue ante «la madre naturaleza».

Mucho antes de las cinco. Matizan el cielo tintes obscuros; la luna, al acostarse en occidente, adquiere color de plata vieja; un velo

opaco envuelve las estrellas; en el llano, densa neblina esfuma los contornos.

Los camaradas se reunen en corrillos. «¡Buenos días!» amables, «¡buenos días!» también acompañados de un terminacho irreproducible. La selección se hace espontáneamente, y se reanudan las charlas de costumbre: alguien cuenta un día más; alguien deduce; alguien repite la eterna cantilena: el tedio soberano que le mina.

Pasan los instantes, y la tenue claridad del alba esboza los objetos. Sobre la vida, que ya rebulle en todo el campamento, se cierne algo semejante a un lívido crepúsculo, y, por oriente, se difunde un rosa suave.

De pronto, resuena a lo lejos un clarín, y otros le responden. Mézclanse los sonidos, y cunden por todos los ámbitos. Es la alegre tocata de las «bandas lisas»: la diana, que inunda los corazones con desbordante regocijo.

Momentos después, la formación. Cada compañía se alinea delante de sus carpas. Todos de capote, rígidos y con las armas enfundadas. Menoscábase la individualidad, pero ¡no importa!—conmueve el espíritu y los sentidos una turbación deliciosa e inexplicable.

Al cabo de diez minutos, el «¡Rompan filas!», que alguien reputa la única voz de mando tolerable, y la tropa corre a dejar las armas.

La luz de la mañana brilla en su plenitud. Las brumas fugitivas van a amontonarse en occidente. El sol, rebasando còn su disco rojo la línea del horizonte, se eleva con pausada majestad, y extiende por el cielo la diafanidad de sus gasas de oro.

Distínguense ya netamente los hombres y las cosas, y todo es una embriaguez de la mirada. Hacia el norte, sesgan el verde claro de los campos, hileras interminables de carpas blancas y plomizas. Más allá, en una loma, se destacan, sobre el azul del cielo, el barrio del comercio, de madera y zinc, y el mirador de la Comandancia, blanco, cuadrado, vulgar. Adivínase detrás la inconmensurable llanura, salpicada de ranchos y estanzuelas; y, en los aires, bandadas de gaviotas y otras aves salvajes van impelidas en su vuelo por la gran ráfaga de la alegría matinal que, descendiendo a la tierra, infunde alientos aun a las almas doloridas por la diaria faena.

Después del desayuno, se limpian las armas. A las siete comienza la labor ruda.

Por la tarde, poco antes de las cinco, la tropa, de retorno de la instrucción práctica, abrumadora bajo el sol de marzo, descansa unos instantes. Después, «¡A ponerse la mochila!», a prepararse para la lista mayor.

El imperioso toque de órdenes parte del rincón lejano, y todas las «bandas lisas» repiten la llamada. Inmediatamente se sale al descampado; se maniobra allí buen rato, mientras el sol declina, y, en los momentos de la puesta, bellísima y conmovedora, las compañías forman en batalla al toque de la oración. Los últimos destellos solares chispean en las armas de los soldados, en los platos de las mochilas, en las espadas de los oficiales, y, sobre todo, en la del Jefe que, al frente, muy erguido y de blanco, domina a todos sus hombres. Resuena la música solemne, presentan las armas, y, a la redonda, los dispersos se paran inmóviles: el soldado, grave, hace la venia; el paisano se descubre respetuosamente. Y en aquel instante sagrado, el sol, ya moribundo, deja en el corazón de los

hombres su postrimera ternura. Poco después, las sombras llegan también hasta las almas. ¡Qué tristeza de oración! ¡qué invencible e infinita tristeza!...

En tales momentos, lo íntimo es muy complejo. Es el remate inevitable de las sensaciones múltiples del día. Sube a veces la marea, y se evoca con curiosidad y aun con nostalgia, el contraste del mundo de allá lejos, donde hay mujeres y fiestas.

Después de la retreta—última etapa del laborioso día—llega la hora apacible. Enciéndense los fogones, los rodean los incansables del mate, y aparece la guitarra, todo ello a la luz de la luna, pausada, melancólica, divina. Es una hora que pasa sin sentir, una dulce embriaguez, una amplia ecuanimidad, un egoísmo inefable, que esfuma el resto del mundo y de la vida.

Por fin, partiendo de un punto ignorado, se propaga lentamente el eco casi soñoliento del clarín. La tropa se refugia presurosa en sus carpas, y las luces del campamento se apagan en el acto.

Al cabo de media hora, todo, o casi todo,

duerme; no se oyen más ruidos humanos que las palmadas de aviso de los cuarteleros y las pisadas y voces de los centinelas. De vez en cuando, turba también el silencio el graznido de lechuzas errantes, o, a lo lejos, el trote de alguna patrulla,—quizás el jefe de día que recorre las guardias. Entonces, algunos que buscan acaso la emoción de lo bello, asoman furtivamente la cabeza, y tienden la mirada por el campamento en reposo. Así suelen quedarse un buen rato en la contemplación del majestuoso cuadro, mientras la luna, maternal y piadosa, filtra por los resquicios de cada carpa el tenue rayo que acaricia amoroso a aquellos seres entregados confiadamente al sueño profundo de la edad viril.

ESCRÚPULOS DE CONCIENCIA

A mi vuelta de las montañas del Tirol, recorría aquel verano los lagos septentrionales de Suiza, cuando supe por casualidad que uno de mis camaradas de colegio, Joaquín Valdés, perdido de vista hacía varios años, estaba en Champel-sur-Arve, en los alrededores de Ginebra.

Me lo dijo, en Lucerna, el Sr. L., un anciano pariente de Valdés.

Conversábamos, por la tarde, en la terraza del hotel, frente al lago diáfano y tranquilo. Destacábanse en los flancos, sobre el cielo sin nubes, el Righi y el Pilatos. El horizonte, ya en la penumbra, aparecía cerrado por la cadena de montañas, cuyo azul se desvanecía poco a poco.

El Sr. L***, recordando quizás mi afecto a Joaquín Valdés, me habló de éste.

Casi al terminar la carrera de medicina, cortó Joaquín los estudios, y abandonó a Buenos Aires, para lanzarse, en París, a la vida de placer. Por desgracia, no había contado con su precaria salud. Una madrugada de marzo, al salir de una atmósfera de champaña y de mujeres, una traidora ráfaga glacial penetró en sus pulmones. Poco después, un comienzo de tuberculosis le llevó a las montañas de Engadina. Con fuerza de voluntad inesperada, se recluyó allí tres años, sometiéndose a métodos rigurosos y entregándose a lentas y provechosas lecturas, iniciadas por pasatiempo, y proseguidas con creciente entusiasmo.

—No le reconocería usted—me decía el señor L***. Los tres años de reposo le han transformado. El impulsivo, el calavera de antaño se ha convertido en un hombre sereno, de espíritu culto y abierto.

—¿Y cómo anda de salud?—le pregunté.

—Muy bien. Las lesiones están cicatrizadas. Se halla, al menos en apariencia, sano y fuerte. Vivirá, a no dudarlo, sobre todo si no vuelve

a sus locuras. Es más: espero que, si se consagra a una labor seria, historia o crítica de arte, por ejemplo, como es su intención. Joaquín puede hacer algo bueno. Me inspira el más vivo interés. Si va usted a Ginebra, visítele.

Quince días después llegaba yo al *Hôtel Beau-Séjour*, en Champel-sur-Arve, y compartía con Joaquín el íntimo placer de volver a vernos tras larga separación.

Un solo cambio noté en su fisonomía, pero profundo: su mirada, ansiosa y brillante a los veinte años, aquella mirada que parecía anhelar febrilmente todos los goces de la tierra, se había tornado reflexiva, analizadora, penetrante, casi insostenible por su extrema fijeza; — al propio tiempo, revelaba una de esas melancolías que emanan del fondo mismo del ser. Por lo demás, la misma figura alta y algo tiesa, la misma frente espaciosa bajo los abundantes cabellos rubios, la misma finura en los modales.

Conversamos largamente aquella siesta. A su espíritu sagaz, apto para percibir los más exquisitos matices del sentimiento, se unían

una sensibilidad enfermiza, de artista algo romántico, en la más pura acepción de la palabra, y, por extraño contraste, un cerebro viril, preparado para afrontar los más duros problemas de la existencia.

Al caer la tarde, recorrimos el hotel, viejo edificio de aspecto monacal. Ocupaba una meseta que venía a formar amplísima terraza, casi cubierta por una bóveda de tupido follaje. Contemplábase desde allí un soberbio espectáculo. A nuestros pies corría el Arve, despeñando su plomizo raudal en hermosas cascadas, cuyo estruendo hería sin cesar nuestros oídos. Alzábase, a la izquierda, la montaña calcárea de la Saléve, hosca en su completa desnudez. Al frente y a la derecha, se dilataba el opulento valle, sembrado de casitas, que se iban esfumando gradualmente en el verde sombrío; y, en las profundidades del horizonte, se perfilaban, en anfiteatro, los blancos eslabones de los Alpes.

En el hotel era escasa la concurrencia, sin duda por lo temprano de la estación: dos docenas de extranjeros, en su mayor parte enfermos del estómago, que buscaban, en las aguas

del Arve y en el clima de Champel, remedio a sus males. A aquella hora se los veía bajo los árboles, arrellanados en sillones, leyendo periódicos.

Nos sentamos junto a la balaustrada de la terraza. Avanzaban a paso lento hacia nosotros, un señor de edad y dos niñas. Creí reconocerlos, y se lo manifesté a Joaquín que, suspenso, contemplaba todavía el arrebolado horizonte.

Se volvió rápidamente y, dominando apenas su repentina turbación, me dijo:

—Sí, son compatriotas: don Blas Jiménez, su hija y su sobrina. Han llegado hace poco. Vamos, te voy a presentar.

El señor Jiménez era lo que se llama «un lindo viejo», de barba y cabellos blancos, de ojos claros, tez todavía fresca, gran corpulencia y andar casi solemne. Vestía de gris, y cubría su cabeza amplio panamá.

Rico propietario bonaerense, espíritu equilibrado y culto, el Sr. Jiménez se había establecido en París, con sus dos compañeras de paseo, su hija única, Clara, y su sobrina Eugenia. Procurando por todos los medios estrechar entre

ellas los fraternales lazos de la infancia, las había educado en una atmósfera de intenso cariño y con todos los refinamientos que le permitía su gran fortuna.

Clara, muy rubia, de grandes ojos azules, sentimentales, tenía unos veinte años, como su prima. Era ésta uno de esos seres que atraen desde el primer instante. Sus ojos límpidos miraban con serenidad y nitidez; y, cuando hablaba, con perezosa voz y melodioso timbre, sus labios delicados sonreían con inexpresable hechizo. Era alta y elegante. Vestía de negro; el ligero escote realzaba la blancura de su garganta.

Paseamos a lo largo de la terraza. Descansaban en Champel de una excursión por las ciudades del Rin. Al día siguiente debían partir para los balnearios del mar del Norte, donde pasarían el resto del verano. Eugenia, espíritu ya formado, era una interlocutora poco común por su modo peculiar, a veces paradójico, de expresarse. Clara, más ingenua, dejaba escudriñar hasta el fondo de su alma.

Comimos juntos. En país extraño la amistad se facilita. El Sr. Jiménez escuchaba compla-

cido. Iluminaba su rostro bondadosa sonrisa, que corregía la primera impresión algo severa de su aspecto. Joaquín, nervioso, conversaba con voz cálida, a veces vibrante. Había en sus ojos inusitado fulgor; pero su pericia en el disimulo le permitía ocultar su preferencia. En cuanto á las dos primas, departían sin punto de reposo.

Después de la comida, pasamos al salón, donde platicaban cuatro o cinco hombres. Sólo me fijé en uno de ellos: octogenario, enjuto, casi momificado, de singular distinción en su decrépita figura,—uno de esos tipos que encontramos en los viajes y que se graban perdurablemente en la memoria. El Sr. Jiménez se incorporó a la rueda; Joaquín y Clara se sentaron aparte, y yo conduje a Eugenia hasta el piano. Mientras tecleaba ella distraidamente, contemplaba yo embelesado su perfil de líneas tan puras. Invadiéronme lejanas reminiscencias de museo y de salón, y, entre ellas, con más precisión, la de una amiga de mis veinte años, a quien no he vuelto a encontrar en mi camino.

Al día siguiente, por la mañana, Joaquín y yo acompañamos hasta Ginebra a los viajeros. Nos

ofrecieron su casa, en París, con tanta amabilidad que prometimos visitarlos.

Sin obtener de Joaquín la más mínima confidencia, nos separamos. Él regresó a Champel y yo me lancé al Lemán, a una excursión por el lago divino, una de esas escapatorias sin rumbo, en pleno azul, que constituyen uno de los placeres de la vida suiza.

Pasé cinco o seis días en Lausana, y otros tantos en Evian. A mi vuelta a Champel, me sorprendió el decaimiento de Joaquín. Las huellas del insomnio eran visibles en sus mejillas y en sus ojos. Una vaga alusión de mi parte bastó para provocar sus confidencias. En tales circunstancias, mi amigo, habitualmente muy discreto, sentía la imperiosa necesidad de la expansión, y ésta fué amplia, prolija. ¡Estaba enamorado de Eugenia!

—Desde que la ví me dí cuenta del peligro. Me sedujo antes de hablar con ella. Pensé huir, pero una fuerza irresistible me retuvo.

—¿ Por qué?

—Porque mi poca salud me ha hecho formar el propósito de mantenerme soltero, lo cual ex-

plica, hasta cierto punto, mis proyectos intelectuales. Los conceptúo excelente medio para combatir toda inclinación sentimental. Es un caso de conciencia.

—Mejor dirías un error de conciencia—le repliqué,—y, además, una cosa impracticable. Enamorado, desecharás fatalmente ideas tan absurdas o, por lo menos, discutibles. Tú, delicado, tienes más probalidades de vivir, cuidando tu salud, que el hombre sano que desatiende la suya, por creerse invulnerable. En estas cuestiones hay prejuicios y no leyes.

Joaquín hizo un gesto ambiguo, y continuó:

—He hecho un esfuerzo de voluntad. Me he fingido indiferente con ella. Pasaba los días conversando con Clara; mas algo superior llevaba mi pensamiento hacia Eugenia. Conoces el don de doble vista que, para el amor, poseen las mujeres. La única creencia que me ha dejado la frecuentación de ambas primas, es la de que, a pesar de todo mi disimulo, Clara comprendió perfectamente mi interés profundo por Eugenia, y, casi estoy por afirmarlo, ésta también. Las dos me trataban como amigo; Clara, naturalmente, con más confianza. Eugenia leyó, sin duda, mi

sentimiento en mis ojos, pero sería en mí imperdonable jactancia, si dijera que he advertido en ella el menor síntoma halagüeño.

Acaso por pudor reservó Joaquín para el final lo más significativo: con pretexto de suministrar unos informes de viaje pedidos por Clara, escribio a ésta. Conservaba el borrador y me lo mostró. Era una descripción de Champel después de la partida de los Jiménez. En forma correcta, cada párrafo ocultaba una intención, cada línea despertaba algún recuerdo. Era un producto singular de esas horas febriles en que la cabeza se supedita al corazón; pero... la carta iba dirigida a Clara.

Le miré con sopresa. Excitado, me pidió que le diera mi opinión.

—Esta carta, querido,—le respondí—me parece un error. Con el pensamiento en Eugenia, has hecho, sin embargo, una declaración a Clara. Aunque Eugenia haya adivinado el interés que te inspira, no sería difícil que se creyera burlada. No olvides que es pobre, y Clara muy rica.

No bien pronuncié estas palabras, me arrepentí. Joaquín palideció intensamente: exageró

su error, juzgándolo un desastre. Tan doloroso efecto me comprobaba los estragos que, acaso sin quererlo, había hecho Eugenia en el corazón de mi pobre amigo.

El caso era explicable. Aquel hombre que, hasta los veintidós años, había llevado casi por completo una vida disoluta, sintió de pronto, bajo la influencia de tan propicias circunstancias, en el retiro triste y prolongado de las montañas de Engadina, crecer y abrirse en su alma la flor rara del más puro sentimiento. Jamás había querido a una mujer. Así, los quince días de Champel, al lado de tan exquisita criatura, debían ser fatales para aquel ingenuo soñador.

Pocos días después, disponiéndome a atravesar los Alpes, y a internarme en Italia, me esforcé por arrastrar a mi amigo. Parecíame que la vida solitaria de Champel acrecentaría su tristeza. Temía más; temía que se lanzase en pos de las viajeras a aquellas playas del norte, dañosas tal vez a su salud. Todo fué inútil. No tuve otro remedio que emprender mi viaje, solo y apenado.

Regresé a París en pleno invierno. Después de varios meses de turismo, sentía el deseo de

llevar un poco la existencia amable y fácil de los bulevares y del bosque; pero me alejó de las fiestas una cruel noticia.

El mismo día de mi arribo, supe que Joaquín, llegado de Champel tres meses antes, pretendió resueltamente a Eugenia, y que ésta, comprometida ya con otro compatriota, antiguo cortejante, le rechazó.

El efecto fué formidable. Durante un mes volvió Joaquín a su antigua vida de juego y de placeres. Procuró tan sólo aturdirse, mas, por desdicha, desfallecieron sus débiles fuerzas. A la sazón, se hallaba en Ville d'Avray, devorado por una tisis galopante.

A la mañana siguiente—una de esas mañanas heladas y brumosas del invierno de París—llamaba yo a la puerta de un hotelito aislado en medio de un jardín, en una calle solitaria de Ville d'Avray. Una portera anciana me introdujo en la pieza donde Joaquín se extinguía, abandonado, sin familia y sin amigos.

Su cabeza descansaba casi inerte en las almohadas. Parecía un espectro. Al reconocerme, trató de incorporarse, y le contuve. Tomé su mano descarnada y exangüe, e hice lo posi-

ble para no llorar. Él, entre tanto, con sonrisa muy dulce y resignada, recordó a Champel y el desenlace de París. Una ilusión de moribundo iluminaba pálidamente su desgracia:

—Tenías razón. Eugenia me tuvo simpatía, pero la carta la destruyó. Mi actitud de Champel fué un error. Si hubiese escrito a Eugenia, estaría, a estas horas, sano y unido a ella... ¡para siempre!

LA CARTA DE JOAQUÍN VALDÉS

Joaquín Valdés, el pobre amigo cuyo perfil he procurado trazar en el capítulo precedente, me dejó, al morir, sus papeles.

—Si te decides a escribir—me dijo,—y los crees utilizables, aprovéchalos.

Joaquín, alma sin vanidad, lo hacía por complacerme. En su desprendimiento final de todas las cosas de esta vida, tan hermoso y conmovedor, parecía mirar su pasado como si fuera ajeno.

Mis escrúpulos piadosos del primer momento han cedido ante la idea de que esta carta, de mal disimulada pasión, realza la fisonomía de mi amigo.

Fechada en Champel, tiene como dirección:

Señorita Clara Jiménez,

Ostende.

. . . .

Podría reducirme a estos renglones y cerrar aquí la carta: mas, recordando su deseo de que no me limitase a los informes que usted solicitaba, y, sobre todo, como abrigo la ilusión, engañosa tal vez, de que esa animada playa no les habrá hecho olvidar enteramente las cosas de Champel, por poco atractivo que tengan, dejo correr la pluma.

Le hablaré mucho de ustedes y algo de mí, movido por el anhelo, quizás muy vanidoso, de escudriñar mis impresiones íntimas en lo relativo a dos seres que, en breve espacio de tiempo, han ejercido en mí innegable influjo. Nada más a propósito para este análisis subjetivo que la hora actual: escribo por la tarde, mientras muere el día lentamente, dejando en lo creado la suave tristeza de la penumbra.

Después de la partida, me quedé en la estación, viendo alejarse el tren, disminuir de vo-

lumen y perderse en el horizonte, bajo la gloria de aquel sol matinal, que parecía complacerse en dar extraordinario relieve a la naturaleza.

A las doce emprendimos, mi camarada, su excursión por el Lemán, y yo, mi vuelta a Champel; y aquel regreso, con la visión palpitante aún de ustedes, con el eco todavía claro del adiós, hizo acudir a mi mente los recuerdos; y mientras el coche trepaba por las colinas, me entretuve en tejer, para mí solo, encajes de ensueño. Reviví, una a una, las horas de los últimos días, las horas de la víspera, las horas de aquella misma mañana, tan brillante y, al propio tiempo, tan hondamente melancólica: de aquel trayecto, en fin, encantador y triste;— horas que iluminan aún la intimidad del ser. Ya en el hotel, pasé por el corredor, y no pude prescindir de echar una mirada a las habitaciones que ustedes ocuparon. Producían la sensación de un cuerpo recién abandonado por el alma. Entré en el salón, y me fijé en aquel espejo convexo en que usted y Eugenia veían «alargarse sus imágenes». Esta vez se alargaba la mía... ¡con expresión de mortal tristeza!

Me refugié en mi cuarto, y en vano procuré

dormir. A las siete fuí a hacer compañía a las damas. No puede usted imaginarse el aspecto del hotel. Yo mismo me sorprendí de que la ausencia de tres personas lo convirtiera hasta tal punto y repentinamente, de hospitalario y animado, en tétrico y hostil. La señora de R*** y su hija leían periódicos en «el banco de la esquina»; M*** leía periódicos en una silla a la altura de los baños; G*** leía periódicos arrellanado en un sillón, junto a la puerta de su cuarto. Nadie más; silencio monacal; apenas, en los árboles, el murmurio de la brisa: en todo, una calma tediosa.

Poco a poco se formó la rueda de costumbre. Casi todos me interrogaron sobre ustedes. Me limité a responder lo indispensable. Alguien me preguntó si la despedida había sido triste. Contesté que las despedidas en general son tristes, y que ésta no había hecho sino confirmar la regla. La reunión se prolongó, como siempre, hasta la hora de comer, con grandes silencios, con un no sé qué de aburrimiento latente. A las nueve, ya me había recogido. No obstante, me costó un mundo conciliar el sueño. . .

En los días siguientes, he vuelto a mis pape-

les y a mis libros; trabajo con ardor increíble; tomo nuevas notas, y he releído las escritas en la última quincena... ¡Están llenas de ustedes! Regocijadas y vibrantes, me han causado la impresión de haber sido escritas por otro. En efecto, se halla tan lejano y es tan distinto de mí ese otro *yo!*...

Entre tanto, las horas parecen más largas, el sol más lento, las tardes más melancólicas. He repetido los paseos crepusculares hasta el torreón, pero he encontrado el paisaje muy adusto, quizás por la ausencia de unas amigas que eran como la sonrisa de aquel cuadro.

¡Qué contraste entre este paseo y los que dábamos juntos! ¿Se acuerda usted del último, la antevíspera de la partida? Llegábamos ya al torreón. El silencio hacía más intensa y más dulce aquella hora callada y misteriosa de la tarde. Ni una nube en el cielo, claro todavía, mientras el valle y las montañas se cubrían del tinte violáceo precursor de la sombra. Ningún ser vivo interrumpía la amable soledad de los tres. Usted hablaba; hablaba como hasta entonces yo no la había oído, cual si por sus palabras pasase un espíritu nuevo, como si el espectáculo circun-

dante despertara en el fondo de su ser mil secretas armonías del sentimiento. Eugenia miraba a lo lejos. La belleza meditabunda del paraje, la misma luz desfalleciente comunicaban a su perfil y a toda su figura un sereno e ideal prestigio, bajo el cual aparecían más impenetrables aún a mis ojos todas las complejidades de su alma.

Yo la escuchaba a usted y contemplaba a Eugenia, lleno también de pensamientos. Así, los tres, en aquel instante propicio, dejábamos que nuestros espíritus establecieran la concordia de sus afinidades secretas con aquella vida exterior, grave y augusta.

El regreso fué silencioso. Usted misma se había tornado impenetrable: Eugenia parecía sumergida en el ensueño: yo saboreaba con delectación aquel religioso mutismo. ¿Qué pasaba en lo íntimo de ustedes? He aquí algo que me pregunté entonces muchas veces, y vuelvo ahora a preguntarme, como si aquel instante hubiera compendiado el enigma de nuestra amistad de dos semanas.

Mas debo terminar. Me he extendido insensiblemente, y noto que la pluma se hace cada

vez más indiscreta. ¿Me mostraré muy ambicioso en esperar una contestación de cuatro líneas siquiera? Quizás la pretensión sea grande, pero ustedes saben que me guía constantemente la idea de que, cuando depende de nosotros mismos, nada es imposible. . .

. . . .

JOAQUÍN VALDÉS.

POR EL LEMAN

A las cinco de la mañana, el criado, un suizo colosal e ingenuo, llama discretamente a mi puerta:

—¡Las cinco, señor, ya son las cinco!

Abandono, no sin pena, el blando lecho. Madrugada soberbia, bajo este cielo de estío velado aún por las impalpables muselinas de la aurora. Respiro con ansia la brisa vivificante de los Alpes, que devuelve la agilidad a los fatigados de cuerpo y espíritu.

Tras el suculento desayuno—leche, manteca y miel a cual más exquisita—me voy en tranvía eléctrico, por las avenidas de Champel, cuajadas de *chalets* coquetones y de floridos jardines. flanqueadas de árboles seculares, cuyas

copas inmensas resguardan del sol y de la lluvia.

En las calles de Ginebra continúa el sueño, entrecortado apenas por el sordo rechinar de la máquina que nos lleva, por el paso monótono de los obreros que se encaminan al trabajo, y el de algunas lecheras, semejantes, en la lozanía y el vestir, a sus colegas bruselenses. Me complazco en mirar a estas rollizas muchachas de los Alpes, frescas y rientes como el alba, con sus blancas cofias y sus negros corpiños, arreando, con voz cristalina en su lengua imposible, al can vigoroso, que arrastra el lindo carrito repleto de cobreños cántaros.

A las cinco y media, parto en el minúsculo vapor *Helvecia*. Diríjome a Lausana, donde hoy debuta Eleonora Duse, después de habernos encantado varias noches seguidas en Ginebra.

Dejamos atrás los malecones de mármol y de granito, las famosas relojerías, los grandes hoteles, donde se reunen los extranjeros ricos y blasonados—auténticos o no—el mundo intérlope y brillante del turismo europeo. Después, a lo lejos, dominando el horizonte, aparece la cima eternamente nevada del Monte Blanco. ¡Grandiosa cumbre, que retiene y deslumbra la mirada!

En este momento, su nieve se colora de rosa: es el anuncio del sol.

Nos dirigimos por la costa suiza. El *Helvecia* se desliza sin ruido. La sociedad de a bordo se reduce a unos cuantos ingleses, con su flema habitual y el Baedeker en la mano. Ya se sabe, los de siempre: parecen mirar sin ver, y los más grandes y conmovedores cuadros los dejan imperturbables. Colócanse delante de mí cuando miro el paisaje; se apoderan de mi asiento momentáneamente abandonado: lo obstruyen todo con sus valijas y sus cajas: fuman, casi en mis narices, sus pipas mal olientes.

Asoma su cara el sol tras las escuetas cimas, y resbala por la nieve su mirada de oro, hasta el fondo de los valles y hasta la superficie del lago, produciendo en ella efectos de luz maravillosos.

En la parte suiza, que seguimos costeando, es un encanto mirar las *villas* opulentas y las míseras aldeas,—las aldeas, perdidas en la sombra, entre los tupidos bosques que cubren las montañas y no terminan sino donde las ataja la nieve o la roca desnuda: las *villas*, en los bordes mismos del lago, reflejando tranquilamente sus casas y jardines pintorescos en el bruñido

espejo de las aguas. He ahí el *Museo de Ariana*, que recorta en el verde sombrío su perfil elegante: Pregny, con el castillo de los Rotschilds: Genthod, en otra época retiro predilecto de ilustres escritores ginebrinos.

El lago, que, encerrado en límites estrechos, produce la ilusión del Rin, se ensancha de repente. Atrae los ojos la líquida y gigantesca masa, de un azul de zafiro, mientras en los demás lagos de Suiza es verde esmeralda.

En Coppet, verdadero oasis, visitamos la antigua morada de Corina. Veo, en el parque, su tumba, próxima a la de su padre, el famoso Necker. Las dos son modestas. El castillo no llama la atención sino por las imágenes que evoca. Sabido es que aquí expió aquella mujer iluminada, las audacias de su genio: aquí vivió enclaustrada por Napoleón a raíz del éxito del libro *Alemania;* aquí rehizo su salón de París, su corte de adoradores, figuras ilustres magnetizadas por la gracia de su espíritu y la singularidad de su belleza: el torturado y predilecto Benjamín Constant, Bonstetten, el barón de Balke, Mateo de Monmorency, el príncipe Augusto de Prusia. . .

Volvemos al *Helvecia*. El verso de Chénier canta en mi memoria:

Tout a fui! Des grandeurs, tu n'est plus le séjour!

Y me esfuerzo en ahuyentar tales visiones, porque es muy triste el recuerdo de las cosas irremediablemente muertas.

Ante Celigny y Nyon, la costa va describiendo lentamente una curva graciosa. En el fondo del lago, tras multitud de aldeas y pueblos esfumados por la distancia, la cadena gigantesca de los Alpes levanta al cielo purísimo sus nevadas crestas. Aparece el casi inaccesible Cervino, el pico geométrico de afiladas aristas.

En Rolle, donde nos detenemos unos instantes, suben al vapor dos enamorados franceses. Se instalan cerca de mí, y puedo cómodamente examinarlos. Él es un gomoso acicalado; ella, uno de esos prodigios de gracia, flexibilidad y fineza que llevan la marca de fábrica de París. Viste un trajecito gris, de sastre, y cubre su cabecita rubia un sombrero de fieltro del mismo color, que le sienta admirablemente. Ha cruzado la pierna, mostrando, por supuesto, hasta

la liga. ¡Hay que verla, con su gracia felina, sus ojos claros de insidioso mirar y los movimientos de su personita escurridiza, que ponen de manifiesto las seducciones de sus formas!

Les importa muy poco el paisaje. Hablan sin cesar. Ella, con los gorjeos de su voz, su reír argentino, abundante y contagioso, y la rapidez de dicción característica de las parisienses, le cuenta mil historias versicolores de la sociedad abigarrada del *Hôtel Beau Rivage*, de Ginebra;—y me mira, y mira a un inglés que está a mi lado, y mira al capitán que pasa, y mira a todo el mundo, produciendo la impresión de que si está «en los mejores términos» con su amigo, eso no le impide estarlo también con los demás. . .

Pasamos por Allaman, Saint-Preux y Morgues, pueblecito indicado para un retiro apacible.

Son las diez. Divisamos el puerto de Ouchy, con sus vastas arboledas. Pocos minutos más tarde llegamos a Lausana, melancólica y amable, recostada voluptuosamente en sus collados, como una odalisca de Delacroix que reposa entre cojines.

ALMA DE ARTISTA

Mi primer cuidado, en Florencia, fué buscar al pintor Luis Beltrán, fiel amigo desde la niñez y uno de los temperamentos más artísticos que conozco.

En Buenos Aires, Aristóbulo del Valle, aquel entusiasta de la juventud, cobró gran afecto a Luis Beltrán, y adivinó sus brillantes facultades. Poco después, un cuadrito al óleo, su primera tentativa, confirmó a del Valle en su opinión, y, desde aquel punto, con el ardor generoso que le inspiraba todo noble pensamiento, se empeñó en que Beltrán fuese a Europa, para dedicarse definitivamente a la pintura. Tenía éste veinte años y un buen pasar: todo le facilitaba la carrera: pero... estaba ena-

morado, lo cual era una contrariedad para los amigos, temorosos de que el casamiento comprometiera su porvenir de artista.

¿Debióse la ruptura a nuestra oposición o a uno de esos desgarramientos recónditos y misteriosos que alejan para siempre a dos almas aparentemente destinadas a fundirse? No he podido saberlo, y tal vez nadie lo sepa. Presentóse Luis un día en casa de H***—centro de reunión de nuestro grupo—y nos anunció que se iba a Europa por diez años. Explicó suscintamente sus propósitos disimulando el móvil secreto de su resolución. Tan absoluta reserva, a raíz de las habituales confidencias, nos escoció a algunos de sus íntimos. Sin embargo, celebramos ruidosamente nuestro triunfo; y el recuerdo de la conmovedora despedida, de la singular melancolía de su mirada, y del abrazo en que puso, sin duda, todo el calor de su amistad, me asaltó aquella tarde, en Florencia, cuando a pie, por la calle Tornabuoni,—bajo la impresión profunda del ambiente florentino,—me dirigía al Lungarno Acciaioli, donde Luis tenía su taller.

Me recibió con el afecto de siempre, estrechándome entre sus brazos.

Aunque de estatura mediana, parecía alto, quizás por su extrema delgadez. Los cabellos largos y la barba nazarena singularizaban su perfil de artista. Pero lo que me llamó particularmente la atención fué su rostro, muy pálido, casi éxangüe, con las facciones afinadas, e iluminado como nunca por sus ojos azules, exentos de su antigua ironía, tranquilos, dulces, soñadores.

¡Cómo había enriquecido y sutilizado su espíritu! En aquella primera entrevista, prolongada hasta al anochecer, recostados en la ventana, sobre el Arno plomizo y caudaloso, dejando errar la mirada desde el Puente Viejo hasta el Palacio Pitti, y desde el Jardín Boboli hasta las colinas del horizonte, que, según una expresión feliz, parecen dibujadas por un dios artista,—evocó Luis, con hablar lento y grave, sus cinco años de vida europea.

Pasó en París los dos primeros, de rudo aprendizaje, en su taller de Monmartre, trabajando desde el alba hasta el atardecer, aislado de la vida turbulenta y desgastadora del París

galante. Refirióme las intimidades de algunos famosos pintores franceses, a quienes había frecuentado. Me habló de los altos ideales y de las roedoras envidias, de la lucha titánica por la belleza y la gloria. ¡Con qué elocuencia me expresaba después sus emociones en el Museo del Louvre, sobre todo sus frecuentes visitas a la sala de primitivos italianos, hacia la cual le impulsaba misteriosa vocación!

Al presente, llevaba tres años en Italia. La había recorrido de extremo a extremo, con el espíritu abierto a todas las manifestaciones del arte. Residió en Nápoles, en Roma y en las pequeñas ciudades del mediodía, cada una de las cuales encierra por lo menos tres o cuatro maravillas. Visitó a Sicilia, el Véneto, el Piamonte, ciudad por ciudad, aldea por aldea, estudiando las costumbres, con sus útiles de pintor y sus libretas de viaje, escribiendo lo que no lograba fijar con el pincel. Por fin, enamorado de Florencia, y sintiendo como nunca la plenitud de sus propias energías morales y físicas, estableció en ella su «cuartel general». De allí emprendía excursiones a Bolonia, a Módena, a Parma; o bien, cambiando de rumbo, se-

gún su capricho o la necesidad de su labor, se internaba en Toscana, parándose en Volterra, en Colle, en Sena, hasta refugiarse en la apacible Perusa, tan llena del Vannuci y de su genial discípulo.

Continuaba pintando con tenacidad inquebrantable, y palpitaban en su mente muy vastos proyectos. Alejado del mundo, ignoraba lo que ocurría hasta en el país natal, como si le fuese indiferente todo lo que no respondiera a su pasión dominante.

Estudiaba con entusiasmo a los deliciosos primitivos, cuyas obras encantadoras se hallan esparcidas en todos los rincones de Florencia. Nuestras visitas empezaron, pues, por el Cármine, enriquecido por los frescos del Masaccio, ilustre precursor del movimiento *quattrocentista*. Débilmente iluminados, en el fondo de la capilla Brancacci, apenas dejaban abarcar el conjunto y apreciar la indecible suavidad de las figuras. Sin embargo, la *Expulsión del Paraíso* renovaba en Beltrán la impresión mística.

Unas mañanas me llevaba al Pitti, a los Oficios, a la Academia, a visitar a Lorenzo Mo-

naco, a Filippo Lippi, a Benozzo Gozzoli, y, de preferencia, al cautivador Botticelli de la *Alegoría de la Primavera;* otras íbamos a Santa María Novella, a ver a Ghirlandajo, o al convento de San Marcos, animado por el divino pincel del beato Angélico. Su fervor por los primitivos se desbordaba ante aquellos frescos admirables. Era exclusivo en sus predilecciones, pero yo, ecléctico, le encamina[illegible]vamente al Pitti y a los Oficios, a gustar el arte de los siglos posteriores, en particular del prodigioso Renacimiento.

¡Días incomparables de Florencia! Luis interrumpió el trabajo, y, desde la mañana hasta la noche, vagábamos a través de aquella ciudad de armonía y de hermosura, de calle en calle, de museo en museo, de iglesia en iglesia, escudriñando hasta sus arrabales, descubriendo en el tipo popular el modelo de sus grandes pintores, y gozando de aquella luz, purificadora del espíritu. ¡Horas fugaces, dulces horas florentinas! Evocadas hoy en la quietud profunda de la vida de provincia, llenan de nostalgia la triste soledad.

Una tarde entré de improviso en el taller de Luis, y le encontré pintando un cuadro, cuya figura principal, ya casi terminada, no tardé en reconocer: era aquella niña bonaerense con quien estuvo de novio, o poco menos. No pude ocultarle mi sorpresa, pero él permaneció impasible.

—¿Sabes que se ha casado?—le pregunté.

Creí vislumbrar en su rostro una viva impresión; sin embargo, me contestó con voz serena:

—No leo diarios, ni me carteo con nadie. Esta imagen es simplemente uno de esos recuerdos que utilizamos los pintores.

¿Decía la verdad? ¿Disimulaba? ¿Estaba enamorado aún? Molesto quizás al ver que le observaba, abandonó los pinceles, y salió al balcón. Florencia, bañada por una onda de luz diáfana, extendía a nuestros pies, más allá del Arno, los techos rojos, las torres, los vetustos palacios, los jardines. En el fondo, llameaba el sol poniente.

Volviéndose hacia mí, como olvidado de lo que acabábamos de hablar, me dijo no sin emoción:

—Viajarás por toda la tierra; sentirás todas las impresiones y todos los entusiasmos; verás la naturaleza bajo sus aspectos más diferentes y hermosos; pero esta puesta de sol la buscarás en vano en otra parte. ¡Mírala bien! ¡Es un cuadro que llega al alma!

CADENCIAS VENECIANAS

Cinco años de alejamiento, y vuelvo a encantar mis ojos y mi alma en la ciudad soñada: la ciudad de la extraña poesía, de la luz y del color, de los marmóreos palacios, joyas cinceladas, ennegrecidas y desgastadas por los siglos; la ciudad de arte soberbio e historia prodigiosa; la ciudad del «amor, de la voluptuosidad y de la muerte», como diría el exquisito prosador de *La muerte de Venecia*.

Han cesado las serenatas y las canciones, moduladas por voces populares, incultas, pero frescas, y a menudo llenas de dulzura y sentimiento. El Canal Grande ha quedado tranquilo, en el misterio de esta noche sin luna. En la Ju-

dería, en la Aduana marítima, y, al otro lado, en la dirección del Lido, algunas luces aisladas agujerean el muro de tinieblas. De vez en cuando, y a pocos metros del hotel, una que otra góndola errante, negra como la noche y cargada acaso de amor, se desliza como medrosa, apenas perceptible a la vista, merced a la diminuta linterna, y, a los oídos, por el rumor del remo al hender el agua. Espectáculo conocido y siempre nuevo: por muy familiar que sea, siempre rozará las fibras secretas.

¡Qué honda impresión de soledad, a esta hora en que Venecia duerme! Las campanas de una iglesia distante, tal vez San Jorge el Mayor, dan las once, once campanadas lentas y largas, que se prolongan en la noche con vibración particular. ¡Qué lejos de las preocupaciones comunes de la vida, en el silencio infinito de la ciudad soñada!...

Siniestra y angustiosa pesadilla, y, al despertarme la vocinglería de una disputa de gondoleros, en jerga inverosímil, bajo mi ventana,—la sensación deliciosa de que, efectivamente, estoy de nuevo en Venecia.

Un sol pálido en un cielo pálido, brumoso, y esa nota del gris que siento íntimamente. Voy reconociendo a mis amigos; allá enfrente. San Jorge el Mayor, con su erguido y rojo *campanile* y la fachada blanca y griega de Palladio: a la derecha, la cristianizada Judería; más acá, muy próximas, la Aduana marítima, con la enorme esfera dorada que sostienen en sus espaldas dos hércules de bronce, y la mole blanca de Santa María de la Salud, con sus inmensas cúpulas, sus graciosas volutas y su centenar de estatuas. Las negras góndolas surcan el agua verde, que divide en dos porciones una ancha estela de oro rutilante, trazada de improviso por el sol desde San Jorge hasta las gradas de mármol del hotel;—viejas góndolas patricias, que conducen a inelegantes ingleses y se cruzan con *vaporetti* más inelegantes aún.

Recostado, al atardecer, en el pretil del Puente de la Piedad, contemplo el cuadro esplendoroso de San Jorge el Mayor, la Judería, la Aduana marítima, la entrada del Canal Grande y la Ribera de los Esclavones con la maravilla del Palacio Ducal. El sol desciende entre ro-

jizas nubes, detrás de la Salud, que semeja un gigante de pie en un incendio colosal. Recuerdo las páginas en que Barrés nos habla de la «muerte de Venecia»; subyúgame el espectáculo grandioso, y brota de mis labios involuntaria exclamación de asombro y de placer. Va degradándose el color, tórnase violáceo el rojo ardiente, y por doquier se esparcen tonos y matices de una suavidad y una armonía que nunca lograrán fijar ni la pluma ni el pincel. Los cuadros de Canaletto y de Monet son débiles trasuntos de tan esplendorosos ponientes.

Tendido en los cojines de la góndola, voy, a la oración, por el dédalo de lóbregos canales. Ni una luz todavía; vense algunas góndolas inmóviles, amarradas a los pilotes de los tétricos palacios; no hay rastros de vida humana, ni se oye otro ruido que el alerta de mi gondolero al aproximarnos a las esquinas. En esta noche fría y húmeda de otoño, escúrrese mi esquife a lo largo de los verdinegros muros; y se apodera de mí un melancólico enervamiento,—no el triste romanticismo de almas rezagadas o ana-

crónicas, sino el sentimiento viril ante la poesía y la historia, en estos lugares del ensueño ennoblecidos por los más altos espíritus que han pasado por la tierra.

Viérnes 11.

Me despierta el estampido del cañón. Tiembla Venecia. ¿Por qué manes de los Fóscari y de los Gradenigo? ¡Ahora recuerdo! Es el cumpleaños del rey Víctor Manuel, y Venecia aparece empavesada, no por cierto con las banderas rojas de los Duxes,—las del león alado de San Marcos,—sino con la tricolor flamante de los príncipes de Saboya.

He llegado a Italia en pleno período electoral. No lo mencionaría en estas páginas si los desalmados políticos no hubieran empapelado las ciudades que recorro,—Turín, Milán, Verona, y hasta esta misma Venecia que debería ser sagrada e intangible, — con esos abominables carteles de colores, que incitan a los buenos *cittadini* a votar por fulano o por zutano.

En la plaza de San Marcos, después de la comida, el mismo día onomástico del rey, pasea de extremo a extremo enorme gentío, o se agol-

pa en torno de la banda de música, que ataca denodadamente a Verdi, a Mascagni y a Puccini. Nada más deplorable que esta plaza de San Marcos, maravilloso patio monumental que ha visto las grandezas y las tragedias de la república, venida a menos y frecuentada por una multitud sórdida y vulgar. No realzan el mísero conjunto los escasos ejemplares femeninos de innegable distinción, entremezclados con la muchedumbre, como en una de nuestras plazas de provincias: mujeres pálidas y bellas, de encanto suave y misterioso, de lánguido mirar. Menos aún lo realzan las tres o cuatro bellezas *popolanas*, las celebérrimas de Chioggia, de ojos negros profundos y griego perfil, que pasan con gracia voluptuosa, envueltas en sus mantillas, y que sirven de modelos a los pintores venecianos y a la legión de pintores extranjeros que, de los cuatro puntos cardinales, peregrinan sin tregua a la ciudad soñada, trayendo sus ensueños de arte, su visión del color y, no pocas veces, angustias y tristezas de almas estériles y torturadas.

Lunes 14.

Mañana radiante. El cielo, sin una nube, y

un sol esplendente de Venecia. Se respira el placer de vivir.

A pie por el laberinto de Santa María Formosa, el templo donde he vuelto a admirar la *Santa Bárbara* de Palma el viejo. De pronto, de una turba de chiquillos harapientos que juegan en la plazuela, se destaca uno, venecianito puro, de doce años a lo más, y me ofrece llevarme a iglesias y palacios. Sin sombrero y rapado a máquina, con sus ojuelos de perseguidor de *soldi*, sin cuello, hasta diría sin camisa, con americana y pantalón descoloridos y agujereados por codos y rodillas, y calzado con botines de mujer, enormes para sus pies y usados hasta lo increíble. Como el rapaz me cayó en gracia, acepté su compañía, yo que tengo horror a los *cicerones* y gusto del vagar sin brújula y solitario. Heme aquí, pues, platicando con Amadeo Siffi por las pestilentes callejuelas, que parecen corredores de una colosal casa de inquilinato, desbordantes de una multitud movediza, abigarrada, de fachas no pocas veces originales y vigorosas. Mi compañero ha soltado la parlanchina lengua, y, sin dejar de llamarme a cada dos por tres ceremoniosamente *musiú*, me cuenta, mitad en

su dialecto, mitad en mal italiano, la vida de todos los convecinos, a quienes, al parecer, conoce uno por uno —y andando andando, me pongo a pensar en la novela costumbrista de Venecia, la novela contemporánea que espera la Matilde Serao que le de vida.

—*Il Colleoni!*—exclama enfáticamente Amadeo, al desembocar en la plazoleta de San Juan y San Pablo, señalándome la estatua ecuestre del Verrocchio.

Me extasío ante el soberbio *condottiere* lleno de energía y de fiereza, acorazado y erguido en su arrogante corcel de batalla. Lo encuentro superior al Cosme de Médicis, de Florencia, y no inferior, por cierto. al Marco Aurelio del Capitolio, en Roma.

—*È stupenda! Molto antica!*

Vuélvome sorprendido. Es Amadeo Siffi quien lo ha dicho; y me echo a reir de buena gana, lo cual desconcierta a mi exiguo *cicerone*. Mas, en esto, se acerca un segundo personaje de igual estatura que Amadeo, y, gorra en mano, me afirma con respetuosa convicción:

—*De Andrea Verrocchio.*

Es lo común. Desde la infancia los preparan

para servir de guías, por si la vida no les reserva mejor lote.

—¿Cómo te llamas?

—Musitelli Romeo, *musiú*.

Romeo Musitelli es pálido, de aspecto casi grave, y con ojazos de color de cielo. Al revés de Siffi, no tiene hilachas en su traje, pero sí manchas, y su gorra de terciopelo azul con arabescos dorados no carece de elegancia... veneciana. Son amigos; han nacido en la misma *fondamenta*, y están en la misma escuela. Acepto, pues, los «servicios» de Musitelli, y los tres visitamos a San Juan y San Pablo, donde vuelvo a contemplar aquella serie de hermosos cenotafios, que hablan con elocuencia del orgullo de los duxes; espléndida necrópolis, más bella que los Frari, más bella qne las análogas de Francia y de Saboya; donde hay mausoleos como el de los Fóscari, o el de Vendramín Calerghi, o el de los tres Mocenigo, junto a los cuales palidece el recuerdo de las tumbas de Felipe el Atrevido, en Dijon, y de Carlos el Temerario en la muerta ciudad de Rodenbach.

A la salida admiro una vez más al realmente «estupendo» Colleoni, pero me arranca de mi

éxtasis una desastrosa afirmación de Amadeo Siffi, sólo concebible por el deseo de prolongar la peregrinación:

—*Sulla riva degli Schiavoni, il monumento a Vittorio Emanuele è così molto stupendo.*

Resuelvo despedirme de mis «guías». Pongo una moneda de plata en la mano de cada uno, y el efecto . . . ¡estupendo! Ambos pilletes echan a correr transportados, y brincan y se abrazan y se besan, y, con el placer de haberlos hecho inmensamente felices, me dejan el sentimiento —tantas veces doloroso en estas regiones del arte soberano—de no saber pintar, para fijar en el lienzo el delicioso cuadrito que he producido al natural, y sin quererlo.

Miércoles 16.

En admirables medallones, Barrés hace desfilar ante nosotros lo que él llama el «Consejo de los Diez» de la Venecia del siglo XIX: Chateaubriand y Goethe, Byron, Musset y Jorge Sand, Leopoldo Robert, Gautier, Taine, Wagner, «las sombras dominadoras que flotan en los crepúsculos del Adriático».

Tienen, en verdad, fascinador prestigio los

Diez de ese Consejo incomparable; pero Byron, Taine y Leopoldo Robert se imponen a mi simpatía: Byron, que vivió aquí tres años de borrasca; Byron, con su belleza fatal y su expresión «enérgica hasta el furor»; Byron, el lírico genial de *Don Juan* y de *Childe Harold,* adorado hasta el delirio por la Guiccioli, la condesita adolescente y bella como un ángel; Byron, el moribundo de Missolonghi. . . ; luego, Taine, a manera de contraste; Taine, el gran subyugador de los espíritus fuera de Venecia más que en Venecia misma; Taine, el más fuerte pensador del siglo XIX; Taine, que no ha cometido excesos ni ha tenido aventuras, que ha conservado imperturbable su ecuanimidad de filósofo, pero que experimentó profundamente el sortilegio de la sirena, y cantó en honor de Venecia un hermoso himno en prosa, henchido de amor y poesía. . . ; y, por último, Leopoldo Robert, el menos luminoso de los Diez, el pintor de los *Segadores* y de la *Partida de los pescadores de Chioggia;* alma romántica, que escribía desde Venecia: «Estoy enfermo del mal de los que desean demasiado»; víctima de melancolía hereditaria, y perdido de amor por la

princesa Carlota Bonaparte, que estimuló felinamente tan locas ilusiones; alma romántica, que vivió muriendo en la ciudad soñada, y que por fin, al cerciorarse de que la Napoleónida le había hecho su juguete, se suicidó en el palacio Pissani, después de firmar su mejor cuadro, aquella partida de pobres pescadores, símbolo de las miserias del pintor, y también su testamento.

Sombras flotantes, tiranas de Venecia: Chateaubriand y Goethe, olímpicos precursores; Byron, Musset y Jorge Sand,—la novela pueril y lamentable, con el aditamento de la prosa ordinaria de Pagello; Leopoldo Robert; Gautier, el colorista deslumbrador, el enamorado de Venecia que, en el lecho de muerte, soñaba con volver a visitarla; Taine, el pensador artista, que hace recordar el mármol tan exprexivo de Rodin, el bloque cuadrado y coronado por la fina cabeza de mujer; Wagner, el gigante que compuso aquí *Tristán e Isolda*, y aquí murió, y, finalmente, los que viven aún: D'Annunzio, Barrés, Regnier. . .

17 de Noviembre.

En esta noche de luna, que difunde en el cielo, en el agua, en los *campaniles* y en las cú-

pulas de los templos seculares, en toda esta magnífica decoración teatral, la luz blanca, el polvo argentado que parece idealizarla más aún, que hace como emerger y flotar sobre lo real, al eco suavísimo de músicas lejanas, el alma inmensa y armoniosa de la Venecia del pasado, de la Venecia de los siglos de gloria, desaparecidos para siempre; en esta divina y clásica noche de luna, de belleza inmutable y al abrigo de toda profanación o sacrilegio, recostado en el alféizar de la ventana, horas y horas, siento el placer de mirar, de evocar y de soñar. . .

TRÍPTICO

Visión fugaz.

En Florencia, una tarde de aquel inolvidable final de otoño. El viajero paseaba por la calle Tornabuoni, suntuosa y señorial. Sentíase triste, acaso por la influencia de la hora, por la majestad de las cosas y por la conciencia de su propia pequeñez y soledad.

De pronto, junto al palacio Strozzi, que allí levanta su tenebrosa mole medioeval, una mujer descendió de un coche blasonado y subió las gradas lentamente, con infinito encanto en la euritmia de su andar. Era muy joven: cubríala amplio abrigo de pieles; su tez pálida tenía, en un rostro bellísimo, en un rostro de ensueño, la delicadeza algo mórbida de ciertas vírgenes

de Dosso Dossi, y de toda su figura emanaba una gracia armoniosa, como irradiación del alma. Entró en el palacio, bajo la bóveda soberbia, evocadora de placeres y de crímenes, de odios dantescos y de profundos amores, y desapareció en la penumbra, sin una sola mirada para el paseante solitario.

Él no la ha vuelto a ver,—sin duda no la verá nunca más sobre la tierra; pero aquella tarde vibró melancólicamente en el fondo de su ser el verso del poeta:

O toi que j'eusse aimée. . .

En las sombras.

En aquel mismo otoño, a la hora del crepúsculo, en la ciudad de Ferrara, gloriosa y tétrica. En su vida errabunda por las regiones del arte, acababa de llegar el viajero solitario, y recorría al azar las calles silenciosas.

Al pasar frente al palacio de los duques de Este, magnífico gigante, cuyos pies se sumergen en el agua, y que levanta al cielo la almenada frente, altanera y siniestra, surgieron en su espíritu las figuras de Alfonso y de Lucrecia. Mas, a

la sazón, sólo interesaban al viajero los íntimos problemas de su alma.

Llegó a la catedral. Las últimas luces del ocaso, que parecían venir de las próximas montañas, acariciaban el afiligranado encaje de la vetusta basílica góticorromana. El viajero la contempló breves instantes, e impulsado por fuerza irresistible, entró por una de las puertas seculares.

Bajo las altas bóvedas reinaban las sombras y el misterio. En el fondo, en un altar, despedían indeciso fulgor algunos cirios, y el lúgubre templo parecía poblado de fantasmas.

Arrodillóse y se absorbió en mudo soliloquio. En ninguna circunstancia de su vida había palpado como entonces la nada de las cosas humanas; jamás había sentido, con intensidad tan angustiosa, la impresión de haber malogrado su destino.

Ideal.

Peregrinó largo tiempo todavía por las ciudades donde la Belleza ha mostrado su sonrisa luminosa. Causóle admiración la Venus de Milo: la de Cleómenes encendió en él fervores de cre-

yente; la Capitolina le tuvo embelesado en la Roma de los dioses, y la Capuana completó, en Nápoles, la obra de sus rivales.

A veces perturbaban su quietud las mujeres que encontraba en el camino. En algunas, le atraían misteriosas seducciones de alma; en otras, hermosos ojos profundos; en otras aún, las «bellas manos», que fascinan a D'Annunzio: pero su concepción estética sólo la veía realizada en mármol de Paros o del Pentélico.

Regresó por último a su lejana patria, donde el arte es apenas balbucir de niño; y, sin embargo, ¡allí encontró la encarnación verdadera de su ideal!

RECUERDOS DE COLEGIO

Estábamos de sobremesa varios amigos. Lucio Vila, médico recién graduado, conversador anecdótico, recordaba la vida de colegio.

—¡Qué año aquél, en el Nacional de La Plata!—exclamó.—No he conocido clase más curiosa, más heterogénea. Había porteños, sanjuaninos, españoles, chilenos, hasta noruegos, me parece... de todos los climas, de todas las razas; había cojos, mancos, tuertos; un desgraciado ostentaba, con eterna risa, una nariz ciranesca; un grave catedrático, de voluminoso abdomen, completaba la zoológica falange. Aquella clase era un verdadero asilo de maltratados de la suerte.

Sin embargo—¡a Dios gracias!—en cuadro

tan desolador no faltaba el grupito selecto: ocho o diez, inteligentes, haraganes, de los que aprueban el curso a fuerza de audacia.

Aquella *élite* de cuarto y quinto años había constituido una especie de club, que vegetaba en uno de los extremos de la ciudad, con poco más de cincuenta afiliados. En los estatutos figuraban los loables fines de «promover la cultura intelectual, difundiendo el amor al arte, con lecturas diarias de los autores clásicos, estudios de las maravillas griegas y romanas»... y demás sinfonías, como la de «patriotizar» a la juventud, la de moralizarla, etc. Es probable que, de haber realizado tal empresa, se hubieran obtenido resultados provechosos; pero aquellos desalmados, en plena ebullición adolescente, trocaron a Homero y a Virgilio por obras ligeras y hasta pornográficas. En cuanto al patriotismo y otras manifestaciones de moral, nadie volvió a pensar en ello.

Al mes de mi llegada, me nombraron secretario. De acuerdo con el presidente—Sebastián Gugliel, «buen muchacho»—inicié una serie de lecturas: *Los Girondinos*, *Atala*, *Los Miserables*... Sin embargo, el recurso se agotó muy

pronto: los socios, aburridos, empezaron a desertar. Entonces sugerí la idea de fundar un periódico.

Estábamos en invierno,—invierno polar.

Por la mañana, estudiábamos lo indispensable para «evitar el cero». Luego, a clase. A las ocho de la noche nos deslizábamos a lo largo de las heladas calles, solitarias y lóbregas, para cobijarnos gozosos en el confortable saloncito de *Los ¿cómo se llaman?*, que era el nombre del club.

En junio apareció el semanario. Titulábase *La Juventud Platense*. Gracias a un buen aparato autocopista, obteníamos hasta doscientos ejemplares, que se vendían durante el recreo, en los corredores y patios del colegio. Fué un ruidoso triunfo; mas, como casi todas las del género, la revista vivió poco, tres o cuatro meses.

Acercábanse los exámenes. Era tiempo de pertrecharnos para la lucha temible. Los semblantes adquirían matices terrosos; empero anhelábamos despedir el año escolar con «algo extraordinario». El club en masa meditaba.

Recuerdo al celador de nuestra clase, Jaime

Funes. Alto, flacucho, de mirada soñadora, vivía como ensimismado. Observador pertinaz del bendito reglamento, cuyas prescripciones no respetaba ni el rector, Jaime Funes era el tipo condenado a granjearse la inquina de los muchachos, tan temible a veces como la de las masas populares.

Se le detestaba como a un déspota cuya cerviz era necesario doblegar a todo trance. Nos «secaba a penitencias» ; nos trataba a casi todos con desprecio, como a chicos... ¡ y él era también estudiante del mismo curso !

Sin embargo, yo defendía a Jaime Funes de las iras de todos. Una tarde, después de clase, me dispensó un favor excepcional : me mostró una composición suya, una *Oda a Hernán Cortés*. Parecióme soberbia, y, desde entonces, Funes fué para mí el Poeta,—mágica palabra.. sobre todo en el colegio.

Le hice propaganda, pero en vano. Desconfiaron de mí, y prepararon sigilosamente una emboscada, una fiesta literaria en el club. Se confabularon para dar a Funes una formidable «silbatina». Falsos admiradores le pidieron su concurso, y él aceptó. Declamaría su *Oda a*

Hernán Cortés. Yo, ignorante, receloso al principio, engatusado después por la fingida sinceridad de los condíscipulos, dando por seguro el triunfo del poeta, cooperé a todo.

Era en octubre. El saloncito del club estaba resplandeciente. En uno de los extremos, se colocó a lo ancho la mesa de lectura, en cuyo promedio lucía un gran ramo de flores, y, acá y acullá, resaltaban algunos libros de lujosas tapas. Detrás de la mesa, sobre un fondo de banderas argentinas, se erguían el presidente y los «académicos». Frente a aquel fastuoso grupo, se extendía una banda de muchachos, inquietos y gárrulos. Ornaban las paredes retratos de hombres célebres.

Había electricidad en el ambiente. Por fin, Gugliel declaró abierta la sesión. Se oyeron siseos. Pronunciáronse varios discursos, aplaudidos con fragoroso entusiasmo.

Levantóse Jaime Funes. ¡Silencio! Declamó el primer canto. Se le hizo una ovación. Declamó algunos otros. Disminuían gradualmente los aplausos, y, lo singular era que, en mi sentir, la belleza de los versos iba en aumento. ¡Pobre Funes! Articulaba con voz

robusta y metálica, pero desastrosamente monótona.

El auditorio se revolvía impaciente. Resonó un silbido. Fué la señal. Cien muchachos empuñaron «pitos de sereno», y estalló una «silbatina homérica». Funes, mudo, estupefacto, contemplaba la escena. Dos o tres nos abrimos paso, y, no sin esfuerzo, le sacamos.

No he visto desilusión más absoluta,—más trágica.

Pasó algún tiempo. Recluido en el hospital, como practicante interno, ignoraba la vida de mis ex condíscipulos, inclusive la de Funes.

Hace poco, un amigo, Jorge Paz, me llevó a su estancia, en la provincia de Buenos Aires.

Acercábase la hora del almuerzo; yo concluía un capítulo de un libro. Jorge ordenó al sirviente:

—Llame al mayordomo.

Presentóse éste. He experimentado pocas sorpresas más tristes: ¡era Jaime Funes!

Miróme suavemente, con sus ojos soñadores. Le dí un apretón de manos.

En el almuerzo, hablé de Funes a Jorge, que ya conocía, sobre poco más o menos, sus an-

tecedentes. Alabóme su competencia y su conducta.

—Es un mayordomo ideal — agregó satisfecho.

Una hora más tarde, a solas con Funes, evocamos los días de colegio. Habló de sus victimarios sin amargura visible. Después, refiriéndose a la velada famosa:

—Fué mi gran lección — me dijo. — Desde aquella noche olvidé la métrica, y... perdí la vanidad. Me vine al campo. Me he casado, y vivo en paz.

—¿ Eres feliz ?

—No me creo desgraciado. No tengo ambición, ni leo... ¿ Para qué ?

Lo juraría: aquel hombre faltaba a la verdad. En el fondo de sus pupilas ví la tristeza inextinguible del vencido.

UN INSTANTE

Mientras Laura se recogía, Pablo Giraldo salió a fumar un cigarrillo en el jardín que daba a la avenida de Alvear, allá cerca de Palermo.

Serían las doce de una suave noche de primavera. Había algo profundamente sugestivo en la naturaleza dormida, acariciada por la luna. Reinaba un silencio de muerte, alterado apenas por el rodar de los coches, que pasaban con sus ojos de luciérnaga, y casi todos con su pareja de enamorados.

Sentóse Giraldo en un sillón, y cruzó una pierna sobre la otra. El espectáculo, lo agradable del ambiente y hasta el deleite del cigarrillo le facilitaron esa excitación mental que da margen a largos soliloquios.

Pensó en el tema que solía preocuparle en

circunstancias análogas: el destino humano; pero, gracias a la tendencia egoísta que, en los momentos solemnes o triviales, nos hace referirlo todo a nosotros mismos, casi no generalizó: se abstrajo en su suerte de vencido sin lucha.

Hijo de padres ricos y de alcurnia, se encontró, a los veinte años, como tantos otros, con las ventajas de la fortuna y de la posición social. Mas no era feliz; no podía satisfacerle el falso brillo de la vida mundana. Y, sin prescindir al principio de salones y fiestas, buscó en los libros lo que aquéllos no ofrecen. No siguió carrera; hizo a su albedrío estudios científicos y literarios, y fué forjándose una filosofía bastante subjetiva.

Su hablar se tornó perezoso y grave; su mirada, pensativa; su carácter, taciturno; su espíritu, frío y analizador.

Andaba solo. Los compañeros, salvo dos o tres, le ponían nervioso con sus conversaciones frívolas, y, aunque no le corroía el veneno del desprecio que la estupidez del prójimo instila en ciertas almas, Giraldo se alejó de ellos cuanto le fué posible. Esto le valió los calificativos de «raro», «extravagante», etc., que sólo consi-

guieron aumentar su compasivo desdén hacia el ambiente en que vivía.

Después, sobrevino su conflicto de amor, aun persistente.

La conoció en casa de un amigo. Era institutriz, muy joven, muy bonita, y, sobre todo, de inteligencia fina, flexible. Sedujéronle los ojos negros y suaves de la muchacha, la sonrisa un poco triste, y cierta distinción y gracia que, en no pocas de su clase, hace pensar en aristocráticos orígenes.

Giraldo la asedió inútilmente durante algunos meses. Vencida al fin, Laura le siguió. En la embriaguez del triunfo, la instaló en la coqueta casita de la avenida de Alvear,—nido de amor en el silencio suburbano.

—Ya hace cinco años—decíase Pablo en su febril soliloquio, y aun estoy como el primer día, encadenado a esta mujer.

Divagaba, recordando los hechos menudos de la vida en común. En verdad, podía considerarse feliz. Tenía Laura todas las delicadezas de una mujer de estirpe, y le quería, a no dudarlo. Su adhesión no era interesada; jamás concibió él una sola sospecha de esta índole.

Sin embargo, reflexionó en lo anómalo de su situación. No trabajaba, no leía, no pensaba; dejaba correr la vida sin fe, sin entusiasmo; bastábale el cariño de Laura.

Volviendo a su pasado, evocó los ensueños de la adolescencia, los años no tan lejanos, y, no obstante, ya muertos, ¡muertos! . . . Su facultad de soñar, desarrollada desde muy niño, le había hecho entrever un hermoso porvenir. Todo lo imaginó, todo lo creyó posible, ¡hasta la gloria!

Después, la otra cuerda: el amor. Había anhelado la pasión profunda y desgarradora; y la mujer de quien se enamoró a los veinte años,— criatura frívola, incapaz de comprenderle, seductora muñeca, prefirió a uno digno de ella, ejemplar elegante e insípido.

Luego recordó un hecho reciente en su propia familia. Su hermano mayor se había casado con una de las mejores niñas de la sociedad, una de las que arrastran en pos de sí las miradas y los corazones.

Se puso de pie nerviosamente. Una ola de sangre le subió al rostro. En su alma irradiaba otra vez lo pasado, como el destello de vida que

anima breves momentos la faz del moribundo.

El disco pálido de la luna había avanzado un poco más en su trayectoria, pero la naturaleza, bajo la luz de plata, permanecía inmóvil en su hermosura. Pocos eran ya los coches que se dirigían hacia el bosque; en cambio, regresaban muchos, haciendo centellear la amarillenta luz de los faroles.

Irresoluto y cada vez más nervioso, se paseaba Giraldo por el jardín. De repente se detuvo:

—Y ¿por qué no?—se preguntó;—aun es tiempo.

Llamó a un coche que pasaba. El auriga arrimó el vehículo a la acera, y, filosóficamente, tornó a su somnolencia.

Había tenido Giraldo una visión rápida, sólo explicable por su fugitiva crisis. Ocurriósele abandonar aquella misma noche a Laura, y se dispuso a realizar su propósito.

—Pero. . . ¿y ella?

Quedóse perplejo. Sintió en seguida el deseo de verla por última vez. Debía de estar dormida. Entró en la alcoba.

Dormía, en efecto, la joven con sueño tranquilo y suave sonrisa de amor. La luz tenue de

la lámpara iluminaba un rostro de rasgos finos y aristocráticos, un rostro dulce de mujer buena, lleno de pasión y de lealtad.

Pablo Giraldo la miraba, y el encanto, que suponía roto, operó de nuevo. La energía, tan escasa en él cuando la gratitud o el afecto la contrapesaban, desfalleció.

—Sí—se dijo,—es mi destino.

Salió a despachar el coche; y, serenado el espíritu, sorprendido y avergonzado de aquel loco instante de crisis... ¡de traición!—pensó:

—¿A qué perseguir lo desconocido? ¿Acaso vale ésta menos intrínsecamente que la mejor de las otras? Nos iremos a Europa, y... ¿por qué no? El matrimonio no debe ser sino la consagración pública del cariño sincero.

HORAS DE TRAVESÍA

El mar, tranquilo como nunca; todo gris, cielo y agua; temperatura suave y tibia. Parece inmóvil el barco. Adivínanse a lo lejos, más que se ven, las costas del Brasil, a la altura de Bahía.

Me instalo cómoda y perezosamente en la amplia silla de tijera. Acuden los recuerdos, y, entre ellos, con singular relieve, una imagen de mujer. La veo siempre fina y delicada; sus grandes ojos verdes y luminosos me acarician, y, al mismo tiempo, me torturan.

Aunque no estoy mareado, siento vago malestar.

Frente a mí, come el señor Servin, tolosano, solterón, muy vivo y, a ratos, humorista.

Maneja con suma gracia el francés que, en sus labios, es un temible florete.

Sobre cubierta, con Servin.

—¿Ha visto?—me dice cómicamente indignado,—en este barco las parejas no se separan por nada del mundo. Parece que estos hombres nunca han tenido mujer; creen que, al menor descuido, se la van a robar, aunque sea más fea que los siete pecados capitales.

Algunos tipos:

El doctor Carelli, médico italiano, muy reputado en Buenos Aires, y su señora. Él, muy flaco, muy moreno, muy feo; ella, bajita, gruesa, algo ajada, con ojos verdes de mirar muy dulce, que me recuerdan los otros ojos verdes y luminosos. Sin duda no se asemejan, mas como estoy lleno de los otros. . .

Mademoiselle Cyrano (la ha bautizado Servin). La nariz. . . ya puede suponerse. Inglesa enjuta y apergaminada. ¿Su edad? ¡Un verdadero enigma!... Treinta, treinta y cinco, cuarenta años. Es institutriz y vuelve a su tierra después de dos lustros de permanencia en la Argentina.

La corteja un rumano, atezado y de expresión casi alevosa. Lo hace, sin duda, por pasatiempo; pero la inglesa... ¡deslumbrada! Miraditas, monadas, cosas dulces. En pocos días hase animado la faz de pergamino; está casi sonrosada. Y Servin se regodea:

—¡Ya se rindió Albión! ¡ya se rindió!...

El doctor Pintos, abogado bonaerense, en viaje de placer. Cuarentón, gordo, risueño, amable y fino, de modales adamados, — todo un farsante.

El señor Grand y su esposa, dueños de una tienda de modas. Él, muy listo y vividor. «Ha hecho la América». Ella, en un estado de maternidad tan alarmante, que constituye una de las preocupaciones y de los temas de todo el mundo a bordo. Ayer, día de neblina, resonó el silbato de la sirena. Servin, rápido y con aire de convicción:

—*Voila! C'est madame Grand!...*

Sin embargo, la señora de Grand llegará sin accidente.

Frase de la misma:

—El mar está muy *chic*.

Mayo 25.

Fiesta con motivo del aniversario patrio. Comida especial, champaña, brindis. Los inicia el doctor Larroque, médico del buque, de gran melena, de grandes gafas, curiosa figura de sabio. . . marino. Habla el doctor Carelli: un discursito regular, no mal dicho y evidentemente preparado. Extendiendo el brazo y recorriendo con rápida e investigadora mirada los rostros de los comensales, dice:

—Si pudiera penetrar en vuestras almas, encontraría tal vez, como sentimiento dominante, el deseo de llegar.

—En *mademoiselle Cyrano*¡ jamás!—me apunta Servin.—¡Qué ha de querer llegar!

« . . .Brindo—concluye el orador,—porque todos realicen los fines que se han propuesto en este viaje. »

Servin sonríe vaga e irónicamente.

En un extremo de la mesa, un ruso de barba asiria y ojos fosforescentes, brinda por la Argentina y. . . por el comandante,—¡asociación inevitable! Éste, ruborizado, agradece con ligera inclinación, demostrando así sus brillantes aptitudes oratorias.

¡Qué ansia de llegar! Cuento prolijamente los días. . . ¡Falta una eternidad !

Junio 1º.

Mar agitado, calor sofocante. Ya hemos pasado la línea.

Servin con su estribillo: la comedia humana. Divaga. Luego añade :

—Mi mayor placer es quedarme solo en mi casa de Tolosa. Entonces me despojo de mi máscara.

Mira al mar.

—He llegado a la edad en que nada se envidia ni se desea; he conseguido la serenidad, que es lo mejor en la tierra.

Después, echando una mirada por el puente:

—¿Ha visto usted? Las parejas juntas, ¡siempre juntas!. . . Francamente, es singular. Estoy entusiasmado. ¡Si hasta me dan ganas de casarme!. . .

Y se ríe con su risita picaresca y su mirar de zorro viejo.

Junio 2.

Un día menos, pero mi tedio y mi cansancio aumentan. El mar mismo no siempre me dis-

trae. Me hastía invenciblemente la vida de a bordo y, sobre todo, me hastían esos individuos que me escudriñan y me juzgan. ¡Ah! ¡Concibo la travesía en yate con la mujer soñada!

Divisamos el Cabo Verde, a poca distancia. Servin, con su vista fatigada, no lo distingue, y porfía:

—Con buena voluntad uno ve lo que quiere. No hay que alucinarse, amigo mío.

Alucinarse, que él pronuncia *al-lucinarse,* es una de sus muletillas.

Leo, leo, leo incesantemente, y, en las páginas, y en la espuma de las olas, y en el horizonte, y en el cielo... ¡los grandes ojos verdes y luminosos!

Junio 3.

Chichi.—Una figurita, el chico, reventando de gordo, con blusa blanca, mediecitas de cuadros, zapatitos rotos. Muy rubio, ojos azules, fresco como una manzana.

«Los dos grandes desdichados»—dice Servin, refiriéndose a sí mismo y a mí, porque Carlos, el mozo del comedor, nos sirve siempre los últimos, a pesar de las propinas. Hoy, por excep-

ción, un guiso, que nadie apetece, llega intacto a Servin, quien cree, o finge creerlo, que Carlos le sirve el primero. Se desata en franco regocijo, y asegura que Carlos se ha mareado o enamorado de la señorita Cyrano, porque sólo así se explica su extraordinaria bondad para con él, que recibe siempre las sobras.

Alguien le advierte:

—Se equivoca usted, señor Servin, nadie ha hecho los honores a ese plato.

Entonces, con indecible expresión, exclama:

—¡Oh! ¿por qué me desilusiona? ¡Yo estaba *al-lucinado!*

Uno de los circunstantes opina más tarde, con la mayor seriedad:

—Para mí, ese hombre ha sido cómico.

¿Por qué no? Su pasado es un misterio para los de a bordo. Servin, que vive averiguando el de todos los demás, ni siquiera alude al suyo. Sólo se sabe que, no obstante las apariencias, tiene fortuna; pero esto, naturalmente, no significa gran cosa. Más sugestivo que todo, que su mismo rostro, es la rara destreza cómica de aquel hombre.

—¿Siente usted olor de ácido fénico?—pregunta la señora de Grand.

—Es el doctor Carelli—responde Servin sin vacilar; *il a rougi!*

Y el pobre doctor Carelli, que no pensaba ruborizarse, se ruboriza.

Tómbola. Por la noche, concierto y baile sobre cubierta. Saturado de todo y de todos, prefiero el camarote; mas no me dejan dormir con los cantos y la música. De pronto, una buena voz de barítono arrulla momentáneamente mi fastidio; pero ¡qué aplausos, Dios mío! ¡qué aclamaciones!

Junio 6.

Santa Cruz de Tenerife, de aspecto abigarrado y paupérrimo. Sus casas son primitivas; su célebre fortaleza, irrisoria. El único letrero que distingo: *Matadero Público*. Para completar el programa, no nos admiten por ... ¡haber fiebre amarilla en Buenos Aires!

Otra vez en marcha. Cielo plomizo; mar gruesa; el buque danza a más y mejor.

En la punta de la isla fulgura enorme faro. El vizconde***—auténtico—cuyos deseos de

estrechar amistad son evidentes, se aproxima, y nos cuenta que, hace tres años, un vapor de pasajeros se estrelló contra aquellas rocas, y de ahí la instalación del faro. Después, cuando se va, Servin me dice:

—Este vizconde, sí, muy vizconde, pero... tonto, ¡un nene! ¿No le ha visto usted? Las mujeres se ríen de él. Y enamorado, ¡un gran enamorado! Le hace la competencia al rumano... ¡y hasta la inglesa se burla de él!

Junio 7.

A las 4 de la mañana—¡esfuerzo sobrehumano!—en el puente, para ver el estrecho. Helo ahí, el peñón de Gibraltar, rígido, abrupto. La vieja historia de España... A mi derecha, vagamente, Tánger la blanca. ¡Y pensar que entramos en el Mediterráneo!... Impresión extraña y honda.

8 a. m.—A la izquierda, lejos, en la bruma, las costas españolas: montañas áridas, hostiles; algunos caseríos. El agua, verde; el cielo, casi blanco.

Media noche.—Insomne y excitado: ¡víspera de llegada! Todos los sueños del pasado can-

tan de nuevo en la memoria: ¡la vida, el arte, los placeres de París!...

A las 3, a las 4, dormito, agitado y nervioso: ¡la vida, el arte, los placeres de París!..

Junio 8.

Desde el alba, en el puente. Efervescencia general. Lista, radiante la gente de a bordo. Sólo Servin, grave, sombrío casi, sincero, contradictorio, me dice:

—Todos están alegres, y yo, que me distraigo en viaje, y en tierra me fastidio... ¡estoy triste como un sepulcro!

Me da lástima, mucha lástima, el pobre viejo sin afectos, sin ilusiones, sin mis ansias deliciosas y profundas,—sin la fiebre de París, que me devora.

El buque avanza lentamente, hendiendo las verdosas aguas. A la izquierda, las fábricas humeantes, esparcidas en las colinas; al frente, Marsella con sus techos rojos, coronada por *Notre-Dame de la Garde;* a la derecha, a lo lejos, el castillo de If... ¡Salud, Monte Cristo!

Mediodía.—Ya estamos en Marsella. Mañana, a las 9 a. m... ¡en París!

PERFIL PERDIDO

Tarde gris de invierno. En su despacho, Horacio Lastra fuma, aburrido, ensimismado. Hace varios meses que ha vuelto de París. Rico, deja correr su primera juventud en el ocio y en los placeres fáciles. No ha aplicado su inteligencia a cosa alguna que requiriese esfuerzo y perseverancia. Saborea la vida sibaríticamente.

Tras largo rato de ensueño y de fastidio, llama, hace encender la luz, abre un cajón del bufete, y toma un cuaderno voluminoso, su *Diario*, único trabajo que le permite la incurable pereza.

Hojea aquellas páginas de letra menuda: horas de un viaje por Holanda, Alemania y

Austria, que hizo solo, obedeciendo a su capricho. En seguida lee:

París, junio 16.

De regreso de la Exposición. No encontrando coche, subo a un ómnibus, al mismo tiempo que una muchachita deliciosa, muy bonita, de ojos claros y fino perfil de parisiense. En el trayecto la miro, no sin insistencia; corresponde discretamente.

Siguiendo los grandes bulevares, llegamos a la plaza de la Bastilla. Bajamos, y le hablo. Me interroga sobre mi país, sobre mis quehaceres, sobre mis proyectos. Me doy por español y abogado recién salido de las aulas; viajo para completar mi educación. Ella es *plumassière*, y trabaja en la *rue 4 Septembre*. Me cita para mañana, a las 7 de la tarde, en la avenida de la Ópera, «bajo el reloj» del *Comptoir d'Escompte*. No faltaré. Estrecho su mano, y parto.

Martes 17.

Desde las 6 1/2 espero a mi amiga. Llega a la hora en punto, vestida como ayer, con saya de color rojo obscuro, con chaquetilla negra

entallada, y sombrero de paja negra con plumas negras,—todo, sin duda, obra de sus dedos. Silueta clásica de parisiense, como se lo digo con toda espontaneidad.

Nos encaminamos por la *rue de la Paix,* cuyos opulentos escaparates fascinan a mi compañera. Atravesamos las Tullerías, y, como pretende tomar el vaporcito, le propongo acompañarla en coche. No acepta e insisto.

—¡ Pero no me besará !

—No la besaré.

—¿De seguro ?

—Segurísimo . . .

En coche, a lo largo de los muelles, con rumbo a la plaza de la Bastilla.

Mi amiga se llama Marta Briatte. Tiene dieciocho años, madre y un hermanito. Me refiere algo de su historia, trivial, por cierto, y probablemente aderezada : dos años de colegio y cuatro de *plumassière ;* ni un novio ; uno que otro amorío sin consecuencia ; es seria, y quiere serlo siempre ; trabaja para ayudarse; su madre tiene una rentita ; el hermanito es adorable. . .

De improviso me pregunta :

—¿Quiere que seamos como hermanos?

Sonrío.

—¿Sí?

—Como usted quiera. . .

La miro fijamente; nada descubro. Los que cultivamos con amor las cosas de París, nos jactamos de tener alma parisiense; y, sin embargo, se nos oculta el fondo mismo de una simple *plumassière*. . .

Miércoles 18.

Tarde, aunque cálida, agradable. En el cielo, intenso azul.

A las 7, en la esquina consabida, de plantón, como en los años de la adolescencia.

Llega Marta y seguimos a pie, por la avenida de la Ópera. Habla poco, y casi no me mira. Está cohibida, lo cual me sorprende. Le reprocho dulcemente su mutismo. Me dice que tiene jaqueca. No lo creo.

La invito a tomar un coche, como ayer. Me pide, en tono resuelto, que la acompañe en el vaporcito. Acepto sumiso.

— *C'est gentil ça* — me dice con expresión satisfecha.

Aguardamos el vaporcito en el puente de la Concordia. Llega repleto de obreros de la Exposición. Marta desiste. No queda más recurso que el coche; se decide... Va encantada,—y expansiva. Me refiere, con su deliciosa pronunciación gutural, la vida del taller, de los bulevares y de los teatros, adonde suele ir con su madre. Me confiesa que desearía ser rica, y, por consiguiente, no trabajar, aunque su trabajo es «juego de niños».

Siento impulsos de tomarle las manos, y no me atrevo. Se lo digo. Entonces, con franco movimiento, las abandona entre las mías.

Elogio los hechizos de la parisiense, ese algo indefinible que la hace tan superior a las demás mujeres. Se entusiasma:

—¿No es cierto? ¿no es cierto?

Confirmo, embelesado, escudriñando hasta el fondo de sus ojos.

Llegamos, despido el coche, y seguimos a pie por la avenida Daumesnil, a la altura de Vincennes. Voy aspirando el perfume que emana de mi amiga, como efluvio de flor recién abierta. Pídole un beso, con promesa solemne de no pasar de ahí. Rehusa y se pone seria.

Nos separamos en buena armonía, pero cabisbajos.

Viernes 20.

Mi amiga Marta, vestida como ayer, con su *chic* nativo, está de pie, vuelta de espaldas. Me dice que ha pasado junto a mí, y que no la he visto. ¿Será verdad?

Seguimos el trayecto habitual. Me pregunta cómo he empleado el día. Le aseguro que he pensado en ella sin cesar; y, lo más curioso, es que es cierto. ¿Comienza la obsesión?... Creíame inmunizado, por algún tiempo al menos.

Al cruzar la plaza del Carrousel y el jardín de las Tullerías, admiramos el magnífico crepúsculo. Me pide que la acompañe a pie hasta su casa,—¡una legua, tal vez más!... Es, como todas las de su clase, infatigable. Con razón las llamaba Daudet: «Muñecas con resortes de acero».

Atravesamos la Cité. Al pasar uno de los puentes del Sena, nos detenemos ante el cuadro de la noche que avanza: arriba, la vasta serenidad azul, ya invadida por las sombras; abajo, el rumor decreciente de la ciudad que aban-

dona sus faenas; en el aire, una paz de ensueño. La agonía crepuscular proyecta la silueta del puente próximo sobre el agua, más clara a medida que se espesa la penumbra, y acribillada por las múltiples luminarias circundantes.

Marta me habla con emoción de espectáculos como éste, contemplados otras tardes desde el vaporcito.

Renuevo mi pedido del miércoles; rehusa en tono decisivo. No disimulo mi contrariedad.

Ya es noche cerrada. Enfilamos uno de los puentes más lejanos del Sena, el de Austerlitz, quizás. Está solitario y sombrío. Camino con los ojos en el suelo, y demudado. Ella me observa a hurtadillas. Cuando la miro, vuelve con rapidez la cara.

Al llegar a la esquina de su casa,—primera vez que me lleva tan cerca,—por un curioso juego del alma, nos encontramos casi reconciliados. De pronto, le pregunto:

—¿La esperaré mañana?

—Sí—contesta con manifiesto placer; pero se arrepiente en seguida, y añade:

—Si a usted le agrada.

—No—le digo,—si usted quiere . . .

—Si, quiero.

Amigos de nuevo. Hablamos con jovialidad de otras cosas. Después:

—A pesar de sus protestas, usted debe tener novio.

—No estaría con usted si lo tuviera.

—Lo indudable es que yo estoy enamorado, y usted no.

Me mira fija y adorablemente. Por fin responde:

—No le detesto.

Domingo 22

A la 1 y 1/2 en la estación de Lyon, esperando a mi amiga. Aparece con su paso furtivo de parisiense, y, como de costumbre, muy *chic:* sombrero de paja con flores, trajecito blanco, leve y sencillo. ¡Un encanto!

Tomamos un coche:

—¡A la Exposición!

Día tibio. La primavera en todo su esplendor. En los árboles, el verde intenso. Efluvios de juventud: amor y alegría en el aire... ¡Oh! ¡París!

En la Exposición, frente a los dos palacios,

Marta encuentra el grande más bello, y el pequeño, más lindo, más coquetón. La diferencia, sentida y expresada con toda seguridad, es curiosa en una chica de dieciocho años, sin estudios, sin lectura, y que los ve por primera vez. Es la intuición feliz de este pueblo educado en la belleza.

Hablo sin cesar, sintiendo el placer, no exento de vanidad, de pasearme con ella. Ya se han vuelto algunos a mirarla, y he oído claramente:

—*Ravissante!*... *Charmante!*...

La observo algo suspensa. Casi no me mira, sobre todo cuando, con los míos, busco sus ojos.

Recorremos la calle de las Naciones. Le gusta el pabellón de Italia; se había figurado que sería charro; le parece armonioso. Encuentra frío el de Turquía. Entramos en el de Bosnia. Hay poco que ver: un hogar modesto y la representación panorámica de una aldea. Pero lo interesante es un grupo de tres mujeres ocupadas en labores de mano: dos viejas y una joven de quince años a lo sumo, de ojos magníficos y rara hermosura. Cáenle las trenzas sobre la espal-

da, y adornan sus sienes graciosos bucles. Usa el traje nacional. Nos detenemos a mirarla. De vez en cuando pasea sus luminosas pupilas por los veinte o treinta curiosos que la contemplan. Sabe que es linda, y, con naturalidad, sin gran coquetería, revela que le gusta ser mirada. ¡El «eterno femenino»!... A su lado, dos jovenzuelos, empleados del pabellón, la cultivan asíduamente. Contesta con indulgencia, sonríe, mas no corresponde. A Marta le fastidia la admiración tan estética que me produce la bosniaca,—y salimos.

El entusiasmo de Marta estalla frente al pabellón de Bélgica. Lo encuentra fino, esbelto, elegante. Lanza los adjetivos con una precisión que me hace gracia. Elogia el de España, porque me cree español, y quizás también porque le agrada. Lo llama «señorial»,—y es la palabra.

Por el *Vieux-Paris*. Ya se muestra más confiada. Es sensible a mis atenciones, y goza, saborea lo arcaico, como no somos capaces de hacerlo los educados fuera de París, pese a la continua lectura.

Entramos en una taberna medioeval a calmar la sed. Nos sentamos junto a una ventana que da al Sena. ¡Qué momentos!... Me invade la embriaguez de encontrarme, en esta inmensidad, solo con esta mujercita encantadora.

—¡Cuánto quiere Ud. a París!—exclamo.

—¡Ah! ¡sí, yo adoro a mi París!

¡Hay que oirla decir: «Mi París»!

A las 6, en los *Cadets de Gascogne*, bebiendo cerveza. Hace cuatro horas que estamos en la Exposición. Marta me declara que ha pasado una tarde como no esperaba, una tarde inolvidable: y me la agradece con efusión. La miro fijamente, buscando el alma,—y corresponde. Está contenta, se ríe y habla, habla... Repite de intento mis palabras, juego pueril y tentador; me llama *Monsieur Sans Doute*, porque ha observado que *sans doute* es mi expresión favorita; a mi vez la llamo *Mademoiselle Bien Sur*, que es la suya.

Todo el mundo se desbanda.

De regreso, en coche descubierto. ¡Qué final de tarde más divino! Cantos, alegría, amor,

mucho amor en la brisa; en el poniente, las violetas del crepúsculo.

Le tomo la mano; la abandona entre las mías...

Bajamos, y seguimos a pie. Nos detenemos a mirar carteles ilustrados. Uno de ellos representa a una parisiense que atraviesa el bulevar. Me la señala, y dice:

—Es elegante la parisiense, ¿no es cierto?

Elogio con persuasión, y queda complacida. Repite mis palabras, mirándome exquisitamente. Por fin, en plena calle, un beso...

Y eso fué todo.

Horacio Lastra abandonó el cuaderno. No había escrito ni una palabra más sobre el asunto. Las notas sucesivas, fechadas algo después a bordo, narraban incidentes de la travesía.

Encendió otro cigarro, y volvió a quedarse abstraído. Veía los ojos claros de la parisiense, tan lindos, tan llenos de alma, y la boca, roja, delicada; oía las inflexiones de la voz, la risa, el francés gutural, tan gracioso; recordaba sus gustos, su manera de pensar, su idiosincracia. De todas las mujeres que había conocido en París,

desde el Bosque hasta Montmartre, Marta, la más humilde, pero también la menos contaminada, era la única que le había rozado un poco las fibras íntimas. Sí, peligrosa;—hubiera podido aprisionar quizás su alma sin horizonte, fatigada y errabunda.

FIN

ÍNDICE (1)

(1) Algunos de estos trabajos han sido dedicados a Carlos Ibarguren, Lisandro de la Torre, Vicente C. Gallo, J. L. Cantilo, Angel de Estrada, J. A. Campos, A. de Arteaga, Darío Herrera, F. E. Correa y E. Uriburu.


200
VII